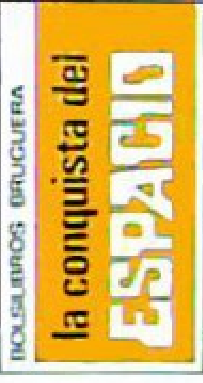


"HOMBRE OMEGA"

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

Colección: Colección La Conquista del Espacio, 384
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.61

Capítulo Primero

CUANDO EL PRÓLOGO ES EPÍLOGO

NUNCA se puede predecir lo que hace cada hombre, pero se puede decir con precisión lo que un hombre normal está dispuesto a hacer. Los individuos varían, pero el común denominador permanece constante. A. Conan Doyle

25 de diciembre del 3480 Año 1038 de la Novísima Era

1

Omicrón-2 se desperezó inesperadamente. Y terminó un sueño de siglos.

Omicrón-2 no notó cansancio. Tampoco advirtió aturdimiento o torpeza en sus reacciones internas más elementales. No notó nada, para ser exactos. Era como si hubiera despertado de un simple letargo de horas. Una siesta, como le llamaban allá, en algunos lugares más al sur de donde él naciera.

—El sueño ha terminado —dijo, casi con monotonía—.Hay que tomar el desayuno.

Y como Omicrón-2 era eminentemente práctico y servicial, no se limitó a exponer una necesidad, sino que procedió a resolverla del modo más adecuado posible. Sencillamente, preparó el desayuno. Un momento después, estaba servido.

Despedía un aroma apetecible. A pesar de estar hecho con alimentos deshidratados y concentrados, ahora tenían un aspecto deseable, y su olor despertaba el apetito.

—El sueño ha terminado —insistió Omicrón-2 con tono de cierto disgusto por tener que repetir la llamada—. El desayuno está servido.

Nunca supo si lo que le despertó fue la voz monocorde de

Omicrón-2, o el aroma de los alimentos a punto. O tal vez su propio organismo, preparado para aquello.

Lo cierto es que despertó y miró en torno. Su mente tardó en adaptarse a aquella circunstancia. Su cuerpo se mantuvo todavía rígido, en reposo dentro del cilindro cristalino. A través de sus muros curvados, las cosas se mostraban deformes. Incluso Omicrón-2 tenía así un aspecto raro, insólito.

Lentamente, fueron volviendo los recuerdos a su cerebro. De un modo paulatino, pero cada vez más claro, lejanas imágenes e ideas iban tomando forma en su mente. Un sueño de siglos, aunque parezca haber pasado en sólo unas horas, no deja de ser un reposo demasiado largo para un ser humano.

Además, había sido un reposo sin sueños. No había soñado absolutamente nada. Fue el vacío total en su cerebro. La ausencia absoluta de sensaciones, emociones y recuerdos. Ahora sabía lo que significaba vivir hibernado durante centurias completas. Ahora sabía lo que era pasar el más largo sueño de todos los tiempos.

No sentía fatiga ni dolor, pero tampoco notaba un relajamiento absoluto cuando lentamente volvió a la normalidad, y el interior del cilindro cambió de temperatura, de aire y de condiciones de vida, mediante la puesta en funcionamiento de los complejos circuitos electrónicos de a bordo, programados para aquel trance en un determinado momento del futuro.

Un futuro que ya era presente. El presente de entonces… se había convertido en un remotísimo pasado. Algo perdido ya para siempre en la noche de los tiempos.

Pudo incorporarse lentamente en su lecho de eternidades. Automáticamente, una tapa cristalina se deslizó por encima de su cabeza, dejando una abertura en el cilindro plástico donde reposara a muchos cientos de grados bajo cero durante aquella inmensidad de tiempo.

La suspensión animada había terminado. Volvía a la vida, en todo el más amplio sentido de la palabra. Como si nada hubiera sucedido. Como si el tiempo no hubiera pasado, o lo hubiera hecho en muy escasa cantidad.

Y quizá fuera así, después de todo, pensó con repentino sobresalto. ¿Quién le garantizaba que la experiencia había resultado positiva?

Omicrón-2 le contempló fijamente, mientras el desayuno humeaba sobre la plancha térmica de calentar los alimentos una vez hidratados. Repitió su aviso:

—Despierta, amigo mío. Nuestro sueño ha tocado a su fin.

—¿Seguro? —dudó él—. ¿Es ya el tiempo fijado de antemano, Omi?

A Omicrón-2 no parecía molestarle que le llamase por el diminutivo cariñoso de siempre. Lo había hecho al principio, y seguía haciéndolo ahora. Era un indicio de que no había perdido la memoria en lo más mínimo. Recordaba las cosas tal y como fueron antes del largo sueño.

—Seguro —afirmó Omicrón-2—. Es la hora exacta, Grier.

Y para demostrárselo, puso en funcionamiento los circuitos del Crono-Computador.

Grier contempló las cifras que vertiginosamente, fueron apareciendo en la pantalla fluorescente, sobre complicadas operaciones matemáticas que quizá se referían a los conceptos Espacio-Tiempo sobre los que se moviera aquella nave durante siglos enteros.

Sintióse casi mareado cuando las cifras se detuvieron en la pantalla, y debajo fueron dibujándose las letras electrónicas con una frase rotunda y definitiva: RESULTADO CALCULO FINAL

Grier y Omicrón-2 contemplaron pensativamente aquellas cifras decisivas. No había la menor posibilidad de duda:

25-XII-3480

—Estamos…, estamos en el Siglo XXV —dijo lentamente Grier, sintiéndose anonadado por el frío informe matemático de la computadora.

—Exacto —afirmó su compañero de viaje—. Esa es la fecha. Lo hemos logrado, Grier.

Lo hemos logrado…

Grier se repitió a sí mismo la frase de su camarada de viaje intergaláctico. Era como un sueño delirante. Sólo que era, en verdad, una realidad fría y matemática. Habían dormido durante casi quince siglos… ¡Mil quinientos años de sueño en hibernación!

Y ahora… éste era el despertar.

—Creo que necesito tomar algo… —suspiró Grier, acomodándose ante el desayuno preparado servicialmente por

Omicrón-2—.Tampoco me vendría mal algo de beber.

—Más tarde —le aconsejó su compañero—. Ahora debes alimentarte. Ya es tiempo. Tu organismo vuelve a funcionar con normalidad. Lo primero, es tomar algo sólido, nada de alcohol.

Atacó su desayunó con fruición, pero sin poder apartar de su mente la tremenda impresión que le produjo la lectura de la computadora. Era muy duro aceptar, una realidad así. Cierto que para eso se había prestado al experimento, pero la verdad es que nunca estuvo demasiado seguro de que los científicos de su tiempo lograran semejante cosa.

—Si las cosas hubieran ocurrido normalmente, yo ahora... tendría mil quinientos años, o poco menos —murmuró para sí Grier.

—Incierto —replicó Omicrón-2 con algo que a Grier se le antojó ironía—. Si todo hubiera ocurrido normalmente, ahora estarías muerto. Nadie vive mil quinientos años...

Asintió Grier. Y de repente, se estremeció, clavando sus ojos en su compañero de viaje.

—Dios mío... —susurró—. El experimento...

Omicrón-2 se limitó a contemplarle como si no entendiera nada. Grier prosiguió, levantándose lleno de excitación :

—¡El experimentó, Omi! No consistía sólo en salvar la barrera de los siglos y de las distancias... sino también en... en...

—En la eternidad —dijo lentamente su compañero—. Sí, Grier. Ese era el experimento. Ellos le llamaron Proyecto Fausto. Vida eterna, juventud eterna... para quien salvara la distancia en el Espacio y el Tiempo.

—Eso significa que despertando ahora, sanos y salvos... ¡somos inmortales, Omi!

—Incierto —objetó Omicrón-2—. Eres inmortal, Grier. Sólo tú. Yo, no. Solamente los hombres podrían alcanzar la vida eterna, si el experimento resultara positivo. Pero nosotros las máquinas, no formamos parte de esa prueba...

Y tal vez Omicrón-2 tuviera razón. Después de todo, él sólo era un robot...

2

Vida eterna.

Parecía cierto. Muy cierto.

Ronald Grier reflexionó con mayor serenidad ahora, mientras

sus reacciones físicas y psíquicas eran analizadas por la computadora para dictaminar su estado de salud actual. La posibilidad de ser eternamente joven y no morir jamás, resultaba fascinante. El sueño imposible de toda la Humanidad. Y él, precisamente él, lo había obtenido, como un moderno Fausto que no tuvo que vender su alma al Diablo.

Aunque en el fondo se preguntaba si haber elegido este camino, no sería en cierto modo también una venta de su alma al nuevo demonio de la especie humana: la Ciencia.

Pudo haber escogido su destino, el que estaba ya fijado de antemano. Ese era un destino a breve plazo: la ejecución por su delito. Los rebeldes como él, no tenían cabida en la dictadura terrestre. Los Legisladores de la Suprema Justicia Política de la Gran Sociedad Universal, nunca eran piadosos con los casos en los que el hombre se sublevaba contra la masificación y la despersonalización del individuo, tratando de ser algo más que un número en las grandes Comunas Sociales del Estado Nuevo, y el veredicto final, era inevitablemente el mismo: la muerte.

El había aceptado ese destino, porque cuando escogió el camino arduo de luchar por su libertad, por la de todos los hombres, por los derechos humanos de las gentes, por el fin de las falsas democracias basadas en la tiranía del Estado, sabía a lo que se exponía y no pensaba volverse atrás.

Entonces, había llegado la posibilidad de la elección. La alternativa inesperada. Un científico se la había ofrecido. El Estado Nuevo aceptaba, porque en el fondo igualmente se deshacían de alguien tan peligroso como el idealista Ronald Grier, el hombre que luchaba contra lo establecido por el Poder. El hombre que no quería ser masa ni toleraba sentirse manipulado por los mercaderes de la política y de la sociedad.

Y se le dio a escoger: la muerte inmediata en la Cámara de Ejecuciones… o ser conejillo de indias del más ambicioso y fantástico proyecto científico de todos los tiempos.

El Proyecto Fausto.

Tres intentos del Hombre por llegar más lejos que nadie llegó jamás. Tres metas inaccesibles hasta el momento: la victoria sobre el Tiempo, el Espacio… y la Edad.

E incluso sobre la misma Muerte.

Ellos, el Estado Nuevo, jamás conocerían los resultados. Quedaban para el futuro inmediato de la Humanidad. O para un futuro mucho más lejano. Un futuro que sólo conocerían dos seres: uno humano y otro mecánico. Ronald Grier y el robot Omicrón-2. En una remota fecha del porvenir, allá por el Siglo XXXV.

Esa fecha había llegado. Y era como si nada hubiera sucedido. Como si el tiempo no hubiera pasado. Pero sí que había pasado.

El sueño criónico, la suspensión animada en una cámara hermética, a gélidas temperaturas, había resultado. El regreso a la vida fue normal, increíblemente normal en realidad.

Y ahora, la computadora le completaba los datos con otro informe tan positivo como lo fuera el anterior. En la pantalla fluorescente, se fueron perfilando las palabras del informe clínico sobre su persona:

ESTADO FÍSICO, PERFECTO. ESTADO PSÍQUICO, PERFECTO. REGENERACIÓN CELULAR, POSITIVA.

Regeneración celular, positiva. Era la respuesta.

Él experimento funcionaba. Todo iba bien. Su cuerpo iba regenerándose a medida que sus células se envejecían. Ese proceso seguiría indefinidamente. Ello significaba que no podría haber enfermedades. Ni heridas. Ni hemorragias. Ni muerte posible. Ni vejez.

Era alucinante. Y maravilloso, tal vez. Pero le sobrecogía la idea de saberse inmortal. Y eternamente joven, tal como era ahora. Todo, porque el producto injertado en sus células por el profesor Kellerman había surtido sus efectos.

Omicrón-2 estaba ocupándose de manipular la nave en estos momentos. Era un robot sorprendentemente perfecto. Casi humano. A veces, casi creía tener junto a sí, a un verdadero amigo, a un ser humano. Pero, cierto, su imagen distaba mucho de poderse confundir con el de un hombre. Su estructura metálica, plateada, de forma oval, rodante sobre engranajes articulados, su cabeza esférica, dotada de ojos electrónicos, de una especie de boca qué no era sino el punto de origen de su voz metálica, le daban a veces una peculiar semejanza con una caricatura humana. Pero era su compleja mente electrónica, de infinitos circuitos, memoria, capacidad de reacción, de actividad en cualquier circunstancia, lo que le hacía más notable. Grier, a veces, se preguntaba si no sería

capaz de pensar, pese a ser solamente un robot capacitado para ayudarle, para servirle, para conducir la nave a buen puerto, y nada más.

También el robot había permanecido inmóvil e incapacitado durante siglos enteros. De otro modo, hubiera llegado a averiarse, a agotarse sus energías, pese a que sus baterías energéticas se cargaban por medio de radiaciones solares. Solamente en caso de alguna anomalía grave, el robot hubiera despertado automáticamente de su letargo, rectificando la situación. Pero ese caso no se había dado. La memoria de Omicrón-2, estaba en blanco totalmente, en lo relativo a aquellos quince siglos de viaje por el espacio.

Ahora, todo continuaba igual que en su principio. La vida había vuelto a bordo. La nave Cobaya-Seis, del Proyecto Fausto, había salvado quince siglos de singladura cósmica. Ellos, también.

Y Grier se preguntaba ahora algo que la computadora de a bordo aún no le había revelado.

¿Dónde se encontraban?

¿En qué lugar del Universo; en qué remoto confín estelar, en qué galaxia adonde les hubiera trasladado la nave iónica, a través de casi mil quinientos años de travesía?

Era una pregunta fascinante. Y Ronald Grier la formuló, pulsando unas teclas de la computadora. La respuesta comenzó a tomar forma dentro de la compleja máquina electrónica. Sus pantallas de lectura se cubrieron de cálculos, ecuaciones complicadísimas y toda clase de operaciones matemáticas, antes de que las verdes letras aparecieran en la pantalla, fijándose al formar una respuesta definitiva para Grier:

ACTUAL PUNTO GALÁCTICO DE SITUACIÓN: TRES HACIA CERO. PLANETA MAS PRÓXIMO; TIERRA.

Punto galáctico Tres hacia Dos. Grier recordó en el acto. Cero era el punto de origen de la nave Cobaya-6. Es decir: la Tierra.

Tres puntos de distancia a la Tierra. Fácil de comprobar la posición en el mapa estelar. Pero la computadora había ampliado esos datos sin lugar a dudas. ¡El planeta más cercano… era la Tierra misma!

Ambos datos coincidían. Por tanto, 131 hecho estaba claro. Habían descrito quizá una enorme curva en el espacio, y el viaje de

quince siglos, tras su parabólico trazo entre las estrellas, venía a morir de nuevo en su punto de partida.

—Omi, es increíble —manifestó roncamente Grier, poniéndose en pie—. Hemos vuelto a nuestro mundo...

—Sí, correcta observación —asintió la metálica voz del robot—. Mira, amigo Grier. Ahí está el planeta Tierra. Ante nosotros...

Ronald miró a través de los grandes visores de la nave, hacia el exterior negro y salpicado de estrellas.

Era cierto. El planeta azul estaba allí, frente a ellos. Rodeado de las nubes de su atmósfera. Familiar y entrañable como siempre...

—Dios mío —jadeó Grier, pasándose una mano trémula por el rostro—. La Tierra... La Tierra en el año 3480... ¿Qué vamos a encontrar allí cuando bajemos?

Omicrón-2 no le respondió. Estaba ocupado en manipular la nave. Grier observó que, tal como él imaginaba, el robot estaba dirigiendo el vehículo espacial hacia la Tierra. Era lo que, sin duda, le habían ordenado hacer quince siglos atrás. Cuando hallasen un planeta donde la vida fuese posible, tras el largo sueño, deberían descender a él.

Lo que quizá nadie pudo prever, ni siquiera los científicos del Proyecto Fausto, es que el punto de situación de la nave, quince siglos después, sería precisamente cercano a la Tierra. Una Tierra donde ya nada ni nadie sería igual mil quinientos años atrás.

Donde la vida actual, era una pavorosa incógnita para Ronald Grier.

CAPÍTULO II

TIERRA, SIGLO XXXV

"CUALQUIERA que sea el lugar donde uno se encuentra, el Universo se extiende a partir de allí en todas las direcciones por igual, sin límites". Lucrecio

27 de diciembre del 3480 Año 1038 de la Novísima Era

1

La mancha luminosa, en el cielo salpicado de lejanas estrellas, estuvo dos fechas moviéndose paulatinamente en dirección a la superficie del planeta azul.

Era como una estrella más, pero en movimiento constante, desplazándose en el espacio, a la claridad del sol o de la luna indistintamente, cada vez más próximo ya al planeta al que regresaba después de tantas centurias perdido entre las galaxias remotas, acaso en el mayor y más largo viaje que jamás soñó el hombre.

Los ocupantes del Cobaya-6, evidentemente, no tenían prisa por llegar. Podían haber hecho el descenso mucho más rápido, pero a medida que avanzaban, sus elementos de análisis estudiaban la atmósfera, las altas capas de la exosfera, y todo cuanto rodeaba al planeta Tierra. Querían estar seguros de que todo continuaba igual en su mundo. Grier daba instrucciones a su mecánico amigo, y éste las cumplía fielmente.

Pe ese modo, pausadamente, dos días después de avistar el planeta azul, la nave de Ronald Grier se posaba mansamente sobre un punto del planeta. Un punto desértico, escogido intencionadamente por el astronauta. El lugar fue escogido al azar. Bastó con que las computadoras indicaran la ausencia de ciudades y

de vida, para que Grier eligiera el punto que surgía bajo su tren de aterrizaje. Este se desplazó bajo la forma aerodinámica, de metal centelleante, de la nave que volvía de las estrellas, y tomó contacto con el suelo.

—Tal vez te preguntes por qué nos posamos precisamente aquí —dijo Grier, pensativo, tras mirar al exterior. Aunque era de día, el nublado era densísimo y gris, y ahora les cubría totalmente en aquella zona deshabitada que no había sido capaz de identificar, precisamente a causa de la propia densidad de la capa de nubes que envolvía la casi totalidad del planeta—. Pero prefiero antes hacerme a la idea de que estoy de vuelta en casa, pisar mi suelo, mi mundo, y luego tratar de saber cómo es la vida en el Siglo XXXV, para no sufrir un trauma demasiado profundo. La verdad, Omi, aunque te parezca extraño es que... tengo miedo.

El robot parecía la imagen misma del escepticismo cuando respondió:

—No sé lo que es el miedo. No puedo opinar.

—Supongo que no —suspiró Grier, meneando la cabeza—. Las máquinas no sentís. Ni miedo, ni amor, ni odio. Tal vez sea mejor así, después de todo...

Omicrón-2 daba la impresión de no preocuparse por su ausencia de sentimientos. Se limitó a interrogar ahora:

—¿Descendemos, amigo Grier? Las circunstancias exteriores son favorables. Temperatura media, veintiséis grados centígrados. Aire perfectamente respirable. Ausencia de vida humana o animal en las proximidades.

—¿Y vida vegetal? —se interesó de repente Grier, guiado por un raro instinto—. Analiza eso, Omi.

El robot, indiferente, procedió a computar la máquina en el sentido solicitado por el astronauta. La respuesta fue breve e inmediata:

—Ausencia total de vida vegetal en la zona.

—Ni vida humana, ni animal ni vegetal —comentó Grier, frunciendo el ceño—. Raro. Hasta en el desierto hay alimañas... Y por un momento, llegué a pensar que esto era algún punto de Sudamérica... Tal vez me equivoqué. Bien, salgamos. Bueno, eso si te gusta andar, Omi. No sé mucho sobre tus gustos, una vez fuera de esta nave.

—Me gustará salir a ver el mundo. Mis engranajes necesitan actividad —fue la respuesta afirmativa del robot.

—Está bien. Adelante, pues. Y que Dios esté con nosotros... —suspiró Ronald Grier, pulsando el resorte que abría las puertas de la nave. Unas puertas accionadas por vez primera en casi quince siglos...

Pese a ello, se deslizaron suave, dócilmente. En silencio, la abertura se formó ante ellos. Al otro lado, luz solar tamizada por el nublado gris. Y el paisaje desértico, rocoso, de algún lugar del planeta Tierra...

Ronald Grier echó a andar resueltamente. Omicrón-2, le siguió con docilidad de un siervo fiel. Un momento más tarde, hombre y máquina pisaban el suelo de donde partieran en el pasado.

Estaban otra vez en casa. Paz y silenció absolutos reinaban en torno.

Pero Grier seguía sintiendo miedo. Y no sabía a qué.

2

Fue una profunda decepción.

La vida seguía brillando por su ausencia. Ni humana, ni animal, ni vegetal. Alrededor de ellos, el paisaje era virtualmente lunar. El robot se movía por él como si fuese muy divertido para su inteligencia electrónica. Sus engranajes rodantes producían sobre el suelo pedregoso un leve chirrido cuando se tropezaba con desigualdades del terreno.

Grier tomó varios fragmentos rocosos, estudiándolos pensativo. Muchos de ellos eran de un tono grisáceo, como ceniciento. Otros, casi negros, como trozos de basalto. Buscó en vano la mínima presencia de un matojo, por pequeño que fuese, entre la tierra árida y los pedruscos. No lo encontró.

—Creo que estamos en un yermo sin fin —suspiró, escudriñando los horizontes en torno, tan poco esperanzadores y tan escasos en vida como el terreno que pisaba—.Omi, esto no me gusta. Si la computadora no ha sufrido ningún error y estamos, realmente, en el planeta Tierra, esto no tiene sentido. O yo he perdido totalmente el sentido de la orientación en ese largo sueño de más de mil años, o esto es el Brasil. Posiblemente las selvas del Amazonas. Pero aquí no hay río. Ni selvas. Ni nada...

Omicrón-2, se limitó a rodar un poco más sus extremidades

inferiores sobre el terreno, como si aquello fuese lo único que realmente le importaba en el mundo. Grier le contempló ceñudo y meneó la cabeza.

—Es cómo un chiquillo —refunfuñó—. Tal vez no programaron un robot adulto, después de todo.

El aludido pareció ofenderse. Se paró en seco sobre los pedruscos color ceniza. Giró su esférica cabeza hacia su amigo humanoide y algo brilló en los círculos luminosos de sus ojos electrónicos. Tal vez recordaba un poco el enfado humano, llevado a escala mecánica.

—Eso no es justo —casi era una queja. Sus circuitos parecían aumentar en sensibilidad a cada día que pasaba, tras el largo sueño —. No podemos hacer mucho aquí. Lo mejor es hacer ejercicio.

—Tal vez tengas razón. Perdona, Omi. Soy un egoísta —Grier paseó unos momentos por el desolado paisaje—. Diablos, ¿qué puede haber sucedido en nuestra ausencia de siglos? ¿Tal vez un cataclismo geológico? ¿O una guerra a escala universal?

Omicrón-2 se limitó a pasear en torno suyo, emitiendo una respuesta ambigua, con su voz metálica e indiferente:

—No podemos saberlo. La computadora tampoco nos podría ayudar. No creo qué tenga datos suficientes para emitir un juicio concreto.

Grier se admiró de su amigo el robot. Estaba razonando con una serenidad y buen criterio realmente admirables. Hubiera deseado ser él también un puñado de cables, transistores, centros energéticos y circuitos impresos y programados. Al menos, el robot no sentía miedo ni preocupación. El, sí.

Extrajo de sus ropas espaciales, de tejido aluminizado, una pequeña computadora de bolsillo, que programó con celeridad, grabando en su memoria una serie de datos geográficos que recordaba mentalmente. Luego, puso en funcionamiento el pequeño aparato, y esperó los resultados.

Estos aparecieron en la diminuta pantalla electrónica, dándole una respuesta:

3.8° LATITUD SUR, 60° LONGITUD OESTE.

Era su actual situación, con datos exactos. Le bastó consultar un mapa mundial para ver el punto exacto en que coincidían tales coordenadas geográficas. Lanzó un resoplido.

—Como yo me temía —murmuró, arrugando el ceño—, Estamos entre Manaus e Icatoatiara, en pleno Brasil. Junto al curso del Amazonas. Eso significa que tendríamos que estar rodeados de vegetación, entre jungla y humedad... Esto no tiene sentido, Omi.

Pero el robot no podía ayudarle. Seguía sus paseos en derredor, y Grier regresó a la nave parada en medio del yermo, para comprobar en la computadora general si los datos obtenidos eran rigurosamente ciertos. Lo eran, por suerte, o por desgracia. No había error. La computadora confirmó que aquello era el corazón amazónico del Brasil. Una región selvática y frondosa. Sólo que le rodeaba un desierto sin fin, una llanura árida, salpicada de peñascos, sin presencia vegetal ni agua alguna.

—Es para volverse loco —refunfuñó—. Tal vez, a fin de cuentas, fueron tan estúpidos como para provocar la guerra nuclear... y esto es lo que quedó de todo ello. Malditos sean, si hicieron algo así.

Y, de pronto, notó un escalofrío. Porque si sus temores eran ciertos, acababa de oeurrírsele una espantosa idea.

En tal caso... él sería el único hombre vivo. El último.

Era una idea delirante. Estremecedora. El... y Omi. Solos los dos en la Tierra. Un humano y un robot. Una perspectiva alucinante. Terrible.

—Dios no lo quiera —jadeó, regresando a la salida de la nave, para volver a pisar el suelo que, según los datos computadores, fuera alguna vez selva inexplorada, fértil y lujuriosa.

En aquel preciso momento, Omicrón-2 se inclinaba al suelo y parecía tocar algo con sus pinzas metálicas que hacían las veces de manos. Luego, volvió hacia él su rostro de acero inescrutable y manifestó:

—He encontrado algo, Grier. Algo humano...

3

—¡Humano! ¿Es posible, Omi?

—Es lo que creo. Pero no tengo datos suficientes para asegurarlo.

Ronald Grier se detuvo junto al robot: Observó lo que su mano sostenía. A cierta distancia, hubiera podido parecer una piedra más, perdida en el paisaje lunar. Pero vista así, más de cerca, era distinto a todo lo demás. Desde luego, no era una, piedra.

Era un huevo perfecto, una forma ovoide y negra. Metálica.

Tenía un brillo mate, como pavonado, entre las pinzas aceradas de Omicrón-2. Una capa de polvo grisáceo la envolvía. Pero era una capa leve, una fina película. No podía llevar mucho tiempo allí, fue lo primero que pensó Grier.

—Dámelo —pidió—. ¿Ofrece alguna radiación peligrosa?

—Negativo —respondió, el robot—. Es perfectamente Inofensivo.

Grier recibió en su mano el óvalo negro. Lo estudió, perplejo, tratando de averiguar si tenía alguna abertura u orificio. No lo encontró. Al parecer, era una superficie hermética, sin un solo resquicio.

Lo agitó, pensativo. Dentro no sonó nada. Su peso, sin embargo, parecía probar que contenía algo o que, cuando menos, era macizo. Un extraño y enigmático objeto, a fin de cuentas.

—Tal vez no signifique nada —observó—. Puede ser solamente una parte de alguna pieza mecánica, sin significado alguno. Pero hay que salir de dudas. Lo someteremos a Rayos X y al análisis de la computadora. Tal vez saquemos algo en limpio de todo esto.

Regresó otra vez a bordo. Situó el huevo metálico en un soporte, e introdujo éste en un compartimento especial, de análisis espectrográfico y radiográfico. Puso luego en funcionamiento la computadora, solicitando de ella los datos del interior del óvalo, así como el análisis del material de que estaba compuesto, su posible origen y su significado, si lo tenía.

Esperó, mientras zumbaban los complejos mecanismos cibernéticos. Oyó un leve roce metálico a su espalda, y giró la cabeza con cierto sobresalto.

No había nada que temer. Era Omicrón-2 el que asomaba su metálica humanidad por la puerta de la nave cósmica. Parecía estudiar atentamente el funcionamiento de la computadora.

—Vaya, ¿con que curioso y todo? —rió Grier—. Eso es un defecto muy humano, Omi. Empiezas a sorprenderme.

—Me gustaría saber lo que contiene ese objeto —manifestó el robot con indiferencia.

—A mí también —comentó Grier, pensativo, contemplando el funcionamiento de la máquina.

En la pantalla apareció una radiografía perfecta, silueteada en trazos luminosos electrónicos. Era el interior del óvalo de metal

negro.

Perplejo, examinó el astronauta la imagen radiográfica. No le aclaró gran cosa. Se veían conexiones, cables y transistores diminutos. Eso era todo. Pulsó la tecla correspondiente al análisis interior del objeto. La computadora actuó. Sé borró de la pantalla la radiografía del interior del óvalo.

Y aparecieron letras verdes luminosas, trazando palabras de respuesta:

EL OVALO CONTIENE MECANISMO DE GRABACIÓN. ES HERMÉTICO Y SOLO PUEDE REPRODUCIRSE EL SONIDO MEDIANTE IMPULSOS ELECTROMAGNÉTICOS DE LA SERIE GAMMA.

Serie Gamma. Había sido durante mucho tiempo un procedimiento elemental de lectura de mensajes de grabados, casi quince siglos atrás, en los inicios del Siglo XXI, cuando empezó el largo viaje a las estrellas de la nave Cobaya-6. Grier, desolado, pensó que aquel mensaje podía tener una antigüedad de siglos, y no significar absolutamente nada en el presente.

De todos modos, era preciso reconocer el contenido de la singular grabación. Que él recordase, el procedimiento utilizado para guardar ese mensaje, no se parecía en nada a los que conoció en otros tiempos. Tal vez eso significara algo.

Pulsó las teclas, pidiendo que la computadora proyectase impulsos Gamma sobre el óvalo del metal, para intentar reproducir el sonido allí grabado. Funcionó la máquina, y un momento después, las letras de la pantalla anunciaban:

MENSAJE SERA REPRODUCIDO AHORA. INCOMPLETO POR EXISTENCIA CÓDIGO INDESCIFRABLE POR FALTA DE DATOS.

Grier esperó, impaciente, algo contrariado por la imperfección del trabajo electrónico en aquella lectura de información contenida por el huevo de metal.

Inesperada, súbitamente, una voz humana surgió de la computadora. Una voz serena, fría y calmosa. Pero no por ello menos angustiosa y desgarrada en su significación:

—"Hablamos los últimos humanoides del planeta. Este es un mensaje de petición de auxilio inmediato. Es también un último rayo de esperanza para nosotros. Somos solamente dos. No hay nadie más de nuestra raza. Luchamos contra lo imposible. Contra

algo que no puede ser vencido. Esperamos, confiamos, en que alguien llegue a oír alguna vez nuestra voz. Si aún es tiempo de ayudarnos, que vengan en nuestra ayuda. Urgente, desesperadamente. Si ya es tarde... nada se podrá hacer. Dios no lo quiera. Es la última posibilidad. "Ellos" lo dominan todo. "Ellos" están en todas partes. Son los amos de la Tierra. No se puede hacer nada contra su poder. "Ellos" lo saben. Nos acosan. Nos persiguen. Creo que, pese a todo lo que hemos intentado, pese al éxito y la suerte que hasta ahora tuvimos huyendo de "ellos" esa buena fortuna se ha terminado. Nos han localizado. Están cerca ele nosotros. Nos acechan. Saben que estamos perdidos. Que terminaremos por caer en poder de "ellos". Si alguien oyera esta voz nuestra, si alguien pudiera evitarlo... Existe un medio de vencerles, pero no está en nuestras manos. Eso, también lo saben "ellos". Tal vez alguien, si llegase a conocer este mensaje de auxilio, podría aun venir a ayudarnos, a salvarnos... y a salvar, junto con nosotros, al último vestigio de la Humanidad. A la última posibilidad de supervivencia de nuestra especie..."

Siguió un profundo silencio. Grier creyó terminado ya el fantástico mensaje. Y, de repente, la misma voz completó con tono grave, profundo:

—"Si ese alguien existe alguna vez, aunque sea en el futuro, sepa que "ellos" serán ya amos y señores de todo este planeta. Que la amenaza será atroz para quien pise este mundo enloquecedor. Pero en la clave OMEGA-ZXQ-3.003-GALAXY-66H, puede estar la solución, si todo es acertado. Es la única posibilidad."

Y siguieron unas palabras pronunciadas en un lenguaje desconocido, por la misma voz que grabara el resto del mensaje. Fueron cosa de una veintena de palabras indescifrables, tras las cuales, la voz concluyó con tono de profunda amargura:

—"Quien pueda descifrar esto, tendrá en sus manos la esperanza postrera de la Humanidad que se extingue. Si es así, que ese personaje, esa criatura última de nuestra raza, intente desvelar sea como fuese mi mensaje. No puedo exponerlo en otra lengua. "Ellos", entonces, podrían descifrarlo y anular su eficacia. A ti, quienquiera que escuches este mensaje, gracias. Y que Dios te ayude, si quieres librarte del fin inexorable... Te hemos hablado los últimos humanoides de la Tierra, Kral y Zaura. Yo soy Zaura, hermano.

Confío en ti. Aunque yo haya muerto cuando esto llegue a tu conocimiento, tal vez aún quede para ti una esperanza. Descifra mi mensaje y mi clave, y tendrás esa esperanza en tus manos. Termino el mensaje. "Ellos" están, demasiado cerca de nosotros. No podemos perder ya más tiempo grabando esa llamada de socorro, En el planeta Tierra, en el antiguo Brasil, a 11 de octubre del año 3480 de la Antigua Era, correspondiente al año 1038 de la Novísima Era."

Kral y Zaura terminaban allí su mensaje. Un mensaje grabado, al parecer sólo dos meses atrás. Podía no ser nada, o ser demasiado tiempo...

Zaura era quien había grabado el mensaje. Zaura... Grier pensó cómo sería ella. Porque el nombre y la voz, correspondían sin duda alguna a una mujer.

CAPÍTULO III

LOS ÚLTIMOS

"YO, moribundo, le doy mi voto. Díselo tú, e infórmale de cuanto acaba de ocurrir. ¡Oh! Para mí, sólo queda ya... el silencio eterno." Hamlet, W. Shakespeare

31 de diciembre del 3480 Año 1038 de la Novísima Era

1

Kral y Zaura se miraron fijamente a los ojos.

—Feliz año Nuevo, querida —murmuró él.

—Aún no ha empezado, Kral —respondió ella—. Es sólo el último día del año. Esta noche cambiará. Todavía no es de noche.

Se estremeció Kral/mirando en torno preocupado. —La noche... Dios mío —musitó—. ¿Será la última?

—Posiblemente lo sea —ella se encogió de hombros con resignado gesto—. No importa cuál haya de ser nuestra última noche, Kral. Estamos hechos a esa idea, ¿no?

—Sí, claro... Si al mentís alguien encontrara nuestro mensaje...

—¿Quién podría hallarla? ¿"Ellos"? —Zaura hizo un gesto expresivo—. ¿De qué nos servirá eso, Kral?

—Zaura, hay que tener aún esperanza. Por leve que sea...

—Yo las tuve todas. Ya las perdí. Hasta la última.

—No puedes decir eso, Zaura. Tú, no. Siempre fuiste... la más fuerte de los dos —la aferró él patéticamente por los brazos—. Si tú te derrumbas, ¿qué será de mí también?

—Kral, no sirve de nada confiar esperar algo milagroso. Los milagros ya no existen. No existe nada. Sólo nosotros dos. Y... "ellos", claro.

—"Ellos"... —Kral miró otra vez en derredor, inquieto—. Sí, los

intuyo. Los presiento muy cerca de nosotros. Esperando. Siempre esperando...

—¿Por qué habrían de hacer otra cosa? "Ellos" no tienen prisa. Ninguna prisa. Saben que al final, serán los únicos vencedores. Todo el tiempo es suyo. Todo el tiempo del mundo, Zaura.

—Lo sé —caminó ella unos pasos, y Kral la siguió tras una vacilación—. Hubo un tiempo en que se pensó que existían posibilidades de supervivencia en el subsuelo. Pero nada lo ha llegado a confirmar, de modo que es posible que nunca quedase nadie con vida, capaz de manipular aún la tecnología adecuada para leer nuestro mensaje y entenderlo.

—Zaura, aun reproduciendo el mensaje, ¿podrían hacer algo con el texto codificado?

—Tal vez no. Pero no podíamos dejarlo en lenguaje normal. Ni en una clave legible. Tú sabes que "ellos" lo hubieran traducido. Y si conocen nuestro secreto, sería funesto para nosotros. Y también para quien llegase después... si alguien llega alguna vez.

—Llegar... ¿de dónde?

—No sé, Kral. Hubo viajeros espaciales que jamás volvieron. Tenemos su historial, sus datos. De ellos, nunca se supo ya nada más. Pero ¿tenemos seguridad de que pereciesen en el espacio? La mayoría fueron viajeros a través de las galaxias, cosmonautas de viajes increíblemente prolongados, sometidos a hibernación. Alguno puede haber sobrevivido y tener posibilidad de retorno. Si llega a nuestro mundo..., ¿qué pensará de lo que le rodea ahora? ¿Qué imaginará que ha sucedido?

—Es difícil que lo averigüe por sí solo. Fue todo tan complejo, tan extraño...

—Más difícil será que llegue a sospechar la existencia de... de "ellos" —le advirtió gravemente Zaura—. Y entonces, resultaría demasiado tarde para intentar nada. Cuando conociera su presencia, su... su naturaleza real, ¿qué podría hacer nadie para evitar el desastre?

—Deberíamos pensar en nosotros, Zaura, no en los demás que nos sigan... si es que hay alguien para seguirnos.

—Ya no vale la pena, Kral. Nosotros apenas si contamos —suspiró ella—. No significamos nada. Ya no...

Era un comentario pesimista, pero no pareció afectar ya

demasiado a Kral. Sabía que era así. Hacía tiempo que las cosas no podían cambiar para mejorar. Su destino estaba fijado de modo inexorable.

Ambos se movían sobre aquel paisaje desolado que un día fuera centro de vida y de animación, de ruido y de bullicio. A su alrededor, silenciosas formas de piedra o ladrillo, de metal y de vidrió, se erguían todavía, aunque desmoronándose por momentos o agrietándose paulatinamente, mientras otras ya eran simplemente amasijos de ruinosa apariencia... Cascotes y polvo se extendían sobre lo que un día fueran hermosas avenidas asfaltadas. La lívida luz grisácea del día, filtrándose a través del palio ,de densas nubes, teñía de una coloración espectral todo el paisaje urbano, todo el trazado ciudadano de lo que un día fuera una gran metrópoli, allá en el pasado.

Sus pisadas sobre las ruinas, apenas si producían ruido. Ecos dormidos repetían a veces el roce de sus pies o el rodar de alguna piedra, provocándoles estremecimientos de terror»

Hombre y mujer deambulaban como fantasmas en un mundo sin sonidos ni formas vivas. No había desesperación o amargura en ellos. No había nostalgia o dolor. Había solamente miedo.

Miedo a... "ellos".

—Creo que sería mejor dejar de luchar —dijo de repente Kral.

—¿Qué quieres decir? —ella se volvió a mirarle, deteniéndose en seco ante una barandilla asomada a una inmensa extensión de agua azul, extrañamente quieta y vacía, más allá de una amplia franja arenosa en la que ahora se acumulaban piedras, polvo, residuos de edificios derrumbados, fango y basura hedionda.

—Que no vale la pena, Zaura. Es prolongar nuestra agonía. Sólo eso. Sería preferible dejarse vencer. Permitir que "ellos"...

—¡Eso, nunca! —protestó ella vivamente, casi con repugnancia, con horror—. Puede que terminen por caer sobre nosotros. Puede que dentro de una hora ya no seamos nada. Que todo haya concluido. Pero no será con nuestra complicidad o nuestra resignada tolerancia. Lucharemos, Kral. Lucharemos, como hemos tachado hasta ahora.

—¿Para qué, Zaura?

—Para intentarlo todo. Para apurar las posibilidades. Para comprender, cuando ello suceda, que las cosas fueron así porque no

podían ser de otro modo, pero no porque nosotros renunciáramos a sobrevivir.

—Está bien —suspiró Kral, sacudiendo la cabeza—. Si insistes en ello...

—Sí. Insisto —afirmó ella con energía indómita, clavando en él sus ojos fulgurantes—. Si tú quieres darte por vencido, allá tú. No te impediré que hagas lo que te dicte tu voluntad, Pero yo no cederé. Nunca. Incluso cuando ya no haya esperanzas, cuando todo esté decidido, seguiré luchando hasta morir.

—¿Hasta morir? —él la miró con cierta sarcástica amargura, con un extraño gesto que sólo él y ella podían comprender lo que significaba—. ¿Hablas en serio, Zaura?

—Bueno... hasta que todo esté consumado, si lo quieres más exacto.

—Así está mejor, Zaura —suspiró Kral con desesperanza—. Ni siquiera... ni siquiera nos está permitido morir. Eso es lo terrible. Lo peor de todo...

Y siguieron adelante, por lo que un día fue una de las más hermosas ciudades de aquel mundo...

2

Ronald Grier se volvió hacia Omicrón-2 con aire exasperado. Su gesto era de viva contrariedad.

—Nada, Omi —dijo secamente—. La computadora no puede resolver esa clave.

El robot no dijo nada. Pareció contemplar aquellas palabras verdes en la pantalla: "NO HAY TRADUCCION. DATOS INSUFICIENTES PARA COMPRENDER LENGUAJE CIFRADO". Luego, su cuerpo metálico se movió por el interior de la nave, como si paseara mientras intentaba reflexionar. Ambas cosas eran altamente improbables en un robot, pero así era a veces Omicrón-2 Uno nunca podía estar seguro de nada con él.

—Tal vea sea una lengua desconocida —opinó.

—Sí, pudiera serlo. Pero tendría alguna raíz, algo en común con cualquier otra lengua existente, fuese viva o muerta. La memoria de la computadora posee almacenados datos sobre toda clase de lenguajes humanos. Establecería una relación, por vaga que fuese. Parece ser que se trata de palabras codificadas, que nada significan sin su clave.

Y cerró el mecanismo electrónico, tras el fracaso de su empeño por resolver la parte ininteligible del mensaje de Kral y Zaura.

—Volveré abajo —dijo, poniéndose en pie y yendo a la puerta de la nave—. Debo investigar estos alrededores exhaustivamente. Los que dejaron ese mensaje no están aquí. Pero deben estar ahora en alguna parte. Si es así, tenemos que encontrarlos. Tal vez ellos sean los únicos que pueden resolver el enigma. Y explicarnos lo que está sucediendo en el mundo. Es obvio que ya no existe el Amazonas. Pero hemos visto la coloración azul del planeta. Por tanto, aún existen los mares, los océanos. Sin embargo, no hay vegetación. Y si no existe error, estamos en una de las más exuberantes regiones del mundo. O lo fue en el pasado...

Omicrón-2 no dijo nada. Grier pisó el exterior, y comenzó su búsqueda de algo, ni siquiera sabía el qué.

El terreno no facilitaba en absoluto la búsqueda. Alrededor de la detenida nave, todo era árido y hosco. Muy difícil localizar allí pisadas, huellas humanas o cualquier otro indicio de la presencia de los dos humanos que grabaran su desesperado mensaje dentro del mecanismo magnetofónico del huevo de metal. Tal vez ellos, cuando dejaron impresa aquella llamada de socorro, no pensaban siquiera en la posibilidad de que alguien la recogiera.

Pero, cuando menos, lo habían intentado.

Ahora, él tenía que intentar dar con ellos, localizar su paradero, si es que tenían alguno en estos momentos, y no habían dejado de existir. Pero vivos o muertos, debían hallarse en alguna parte.

Se prolongó la búsqueda, mientras la claridad solar, tras aquel celaje de nubes grises que parecía no tener fin, iba diluyéndose paulatinamente. Las sombras de la tarde empezaban a dar al paraje un aspecto siniestro, de lúgubres semblanzas. Era como si paulatinamente, las propias sombras de la Muerte cayeran como un velo dantesco sobre la zona desértica.

Sin saber el motivo, Grier se estremeció. Una vez más, tuvo la rara sensación de que era vigilado, observado, pese a que nada se veía en derredor que pudiera confirmar esa incómoda impresión.

En una ocasión, incluso, estuvo a punto de dejarlo todo y echar a correr, para ocultarse en el interior de la nave, cerrarla herméticamente y sentirse así a seguro del malévolo clima que se respiraba fuera, de algo demoníaco e inquietante que parecía

ceñirse sobre él desde el instante mismo en que comenzó a declinar el día.

¿Sería posible que "ellos" estuvieran allí, que las misteriosas e inconcretas criaturas citadas por Kral y por Zaura, fuesen invisibles y acecharan muy próximos a él?

Hubiera sido un grave error que Grier hubiese dejado en ese momento su búsqueda. Porque un poco más tarde, dio con lo que tan insistentemente había estado buscando.

No sabía qué era lo que buscaba, pero aquello era algo. Podía ser algo muy importante, pensó Grier, la mirada fija en el suelo. Estiró sus dedos. Recogió algo.

Era insignificante en apariencia. Lo hubiera sido, en cualquier otra circunstancia. Ahora, no. Ahora podía ser muy importante. Porque era algo, donde virtualmente no había nada.

Se trataba de un diminuto disco de un material plástico oscuro, fácil de confundir con el color del propio terreno, de ahí la dificultad en dar con él. Grier lo alzó sujetándolo entre sus dedos.

A la luz grisácea de aquel torvo atardecer, parecía mostrar algo translúcido, pero no había claridad suficiente para apreciarlo. Regresó a la nave, donde Omicrón-2 permanecía sentado ante los mandos, la mirada de sus ojos cibernéticos fija en el lugar donde él estuviera, los metálicos dedos muy próximos a las teclas del mecanismo defensivo de a bordo.

Comprendió sus intenciones y casi se sintió enternecido por su fidelidad. Todo el tiempo en que él permaneció fuera de la nave, el robot se había ocupado de vigilar sus pasos, teniendo a mano el proyector de rayos para protegerle do cualquier posible ataque, si éste se producía.

No pudo por menos que apoyar su mano en un hombro metálico, como si fuese un buen amigo humano, y pudiera comprender esa presión amistosa y agradecida. Estuvo seguro de que, pese a su fría mente mecánica, Omicrón-2 entendía su significado.

—Grade, amigo —dijo Grier suavemente—. Por fortuna, no luna falta. Pero hay algo ahí afuera, no sé el qué... que produce escalofríos. Se intuye, se siente dentro de una, maldita sea. Y ni siquiera puedo sospechar lo que ella era... ni dónde se encuentra.

El robot vaciló, como si él también percibiera algo, y sus

circuitos electrónicos no estuvieran lo bastante sensibilizados para informarle de su naturaleza real.

Depositó Grier el disco sobre un tablero luminoso y aumentó su luz al máximo. Dentro de la forma circular de materia plástica, apareció algo: un pequeño mapa que le resultó familiar inmediatamente. Era el mapa del Continente americano. Y en él, había trazada una línea que iba desde la zona donde se hallaba ahora la nave espacial, hasta otro punto muy concreto de aquella extensión que Grier sabía pertenecía a Brasil. Un punto en la costa Este, hacia el sur.

El trazo era de un tono rojo fluorescente. Debía haberse trazado por algún medio magnético que él ignoraba, dentro del pequeño disco translúcido. Era una ruta a seguir.

—Río de Janeiro —dijo Grier entre dientes, golpeando el disco con gesto pensativo—. Es la trayectoria trazada entre este punto y Río... ¿Lo trazaron ellos? ¿Esto es otro mensaje para localizarles, o quizá es una especie de brújula que ellos han perdido en su viaje?

Y esta última posibilidad pareció confirmarse cuando una serie de cifras aparecieron y desaparecieron en el disco, en caracteres d9 un rojo vivo, como trazadas electrónicamente.

Eran las cifras de distancia en millas, la ruta y orientación a seguir, y una serie de datos orientadores para cualquier viajero que pretendiera llegar a Río. Grier, admirado por aquel procedimiento desarrollado en tan diminuto mecanismo, trató de borrar la trayectoria en rojo, mediante una serie de impulsos electrónicos emitidos por la computadora... Y lo logró.

El disco se quedó en limpio, solamente con el trazo del mapa. Nuevos impulsos borraron éste, dejando en blanco el interior del disco. Grier, movido por su intuición, tomó un mapa de Estados Unidos y lo proyectó sobre el disco, aplicándolo a la memoria de la computadora. Esta grabó en el disco, fielmente, el mapa propuesto. Trazó una imaginaria línea entre Nueva York y Los Angeles, y apareció trazada en rojo en el interior de la pieza, mientras una serie de datos y cifras desfilaban rápidos por el redondel, indicando distancia, rumbo y orientación para tal viaje.

—Un objeto de inapreciable valor —dijo Grier, guardando consigo el disco—. Tal vez funcione también mediante algún fuerte impulso eléctrico, porque no creo que ellos lleven consigo una

computadora. De todos modos, ya sabemos algo; ellos fueron a Río de Janeiro. Y allí vamos a ir nosotros ahora, Omi, Atento a la ruta que te daré...

Le transmitió los datos precisos. Omicrón-2 asintió. Puso los mecanismos en marcha. La nave Cobaya-6 empezó a temblar, mientras sus reactores despedían energía. Empezó a elevarse poco después, despegándose del abrupto terreno que un día fuera jungla exuberante.

Se sintió mejor al elevarse sobre el terreno y tomar altura. Era como alejarse de un lugar donde se sentía la presencia de algo maligno e inconcreto que podía materializarse en cualquier momento.

Ya oscurecía profundamente en la región. Grier no pudo advertir que, apenas cayeron las primeras sombras densas de la noche sobre el lugar, justamente cuando el Cobaya-6 despegaba, otras sombras sigilosas, silentes, empezaban a cobrar vida en el paraje, emergiendo de insondables hoyos, de depresiones casi invisibles, de grietas que él no descubriera antes.

Eran formas vivientes, era algo que reptaba, que producía un extraño susurró en la tierra desértica... Algo así como roces o jadeos inhumanos, aproximándose al lugar donde sólo unos momentos antes estaba la nave llegada de las estrellas, del remoto pasado de la Humanidad.

Grier no llegó a verlos. Ni siquiera imaginó su proximidad.

Pero lo cierto es que "ellos" estuvieron allí. Muy cerca de él...

3

—Ya cae la noche, Zaura...

—SI —ella se detuvo, inquieta. Contempló las sombras cambiantes sobre las ruinas y sobre las calles desiertas y los edificios silenciosos—. Tenemos que ocultarnos en alguna parte. Donde "ellos" no nos encuentren.

—Sí, pero ¿dónde? —miró angustiadamente Kral en torno—. Pueden llegar, a todas partes, tú lo sabes...

—Siempre ha sido así, desde el principio. Lo sabíamos, ¿no? Y lo hemos evitado hasta ahora...

—Sin embargo, las cosas se van poniendo peores por momentos, Zaura. Nos acorralan. Saben que no tenemos salida posible, que la persecución se acaba. Nos tienen a su alcance ya, estoy seguro.

—Todavía no ha terminado el juego, ¿no es cierto, Kral? —sonrió ella duramente—. Podemos prolongarlo un poco más. Cualquier cosa, antes que rendirnos. Vayamos a buscar ese refugio.

—Si tú lo dices... —sacudió la cabeza Kral, con desaliento—. Vamos allá...

Comenzó la búsqueda. Parecía sencilla tarea hallar un escondrijo en una ciudad desierta e inmensa como aquélla. Pero no lo era tanto. Kral y Zaura parecían dispuestos a exigir mucho. Desechaban edificio tras edificio, deambulando por las amplias avenidas frente a un mar que parecía extrañamente yerto y vacío. Como si no hubiera en él vida alguna, ni siquiera peces. La tarde iba tiñendo de color gris pizarra la superficie marina.

Lo que alguna vez fuera el paseo marítimo de Copacabana, se extendía frente al mar, como un cementerio. El suelo embaldosado, era solamente una superficie polvorienta y agrietada. Salitre y basuras resecas se extendían sobre la arena de la vieja playa de lujo y placer. Este parecía el fin del mundo, no un lugar paradisíaco lleno de turismo y de placeres en otros tiempos. Y quizá lo era. Al menos, no daba impresión de que más allá de aquel océano hubiese vida alguna en ninguna otra parte de la Tierra.

—Allí —dijo de pronto Zaura—. Creo que es el mejor lugar.

Kral miró en esa dirección. Dio un leve respingo de sorpresa. Enarcó las cejas, contemplando a su compañera con asombro.

—¿Ah? —masculló agriamente—. ¿Crees que es una buena idea, Zaura?

—No lo sé. Pero vamos a intentarlo. Creo que es el mejor lugar.

Echó a andar resueltamente, tras saltar la valla de piedra de la avenida marítima. Kral la siguió tras una breve duda. La oscuridad de la noche se venía encima muy deprisa: Demasiado para su gusto. Tenían poco tiempo. Muy poco.

El lugar elegido era el viejo barco. La única embarcación que aún no se había hundido en el mar. No le faltaba mucho para ello. Aparecía bailoteando en las aguas, Junto a la arena. Era una antigua embarcación de placer. Antigua para Kral y Zaura. A un ciudadano de principios de siglo XXI, como el astronauta Ronald Grier, le hubiese parecido de pura fantasía. Los modelos eran ¡muy diferentes a los que su época conociera.

Un pequeño yate de casco dorado y forma aerodinámica,

rematada por una afilada proa; de motores a turbina, capaces de desplazar la embarcación a gran velocidad sobre las aguas, y provisto de un sistema de inmersión cuando la cubierta se veía tapada por una capa cristalina hermética. Parecía una singular ave de metal argentífero sobre el mar, pero su bello casco empezaba a desteñirse, y el estado de abandono era ostensible en todo el yate.

—Iremos a nado —dijo Zaura—. No dista mucho, estando apartados de la orilla, creo que estaremos más a salvo de "ellos".

—El mar no les detiene.

—Lo sé. Incluso pueden estar en él, Pero sigo pensando que el agua es más segura que la tierra firme. Vale la pena intentarlo. Si esa nave funcionara, incluso podríamos alejarnos mar adentro, hacia alguna parte...

—¿Hacia dónde? ¿A Europa? —gimió Kral—... Sabes que estará como América. Como todos los sitios del mundo. Hace mucho que está todo igual. Además, es soñar, Zaura. Esa embarcación no tiene combustible. Las baterías deben estar agotadas, los motores y turbinas averiados... Nadie movería eso de ahí por nada del mundo.

—De todas formas, subamos a bordo —se lanzó Zaura al agua resueltamente, sin despojarse de sus livianas prendas de vestir, que apenas si cubrían sus pechos y sus nalgas, con simples jirones de tejido metalizado.

Kral la siguió hacia la embarcación dorada, cuando ya la que fuera esplendorosa ciudad de Río de Janeiro, se convertía ahora en una masa de sombras bajo el negro cielo nublado de la silenciosa noche terrestre.

No tardaron en alcanzar el casco oscilante de la pequeña nave de recreo. Zaura subió a bordo con agilidad felina. Sus largas piernas, sus muslos musculosos, no encontraron dificultad en escalar el exterior de la embarcación. Salvó la barandilla y se encontró en la alargada cubierta de superficie metálica. Kral subió tras ella, también sin dificultades. Una vez arriba, lanzó un resoplido y miró a la costa. Ni una luz, ni un destello, nada de nada. Oscuridad, silencio..., muerte. Río, todo Brasil, toda América..., todo el mundo.

—Vamos adentro —sugirió Zaura—. Debemos registrar esto y ver qué condiciones reales ofrece. Tal vez incluso tengamos suerte y haya alimentos deshidratados en la despensa de a bordo.

—No me hables de eso —gimió Kral, golpeando su pantalón—. Creo que sólo me quedan cuatro o cinco cápsulas alimenticias. Y siento un hambre...

Entraron los dos por una de las escotillas de a bordo. Ya la noche era absoluta en el lugar. La oscuridad, impenetrable. El único ruido perceptible en el yate, el suave golpeteo de las olas mansas en el casco dorado, y las pisadas de ellos en la escalera de acceso al interior de la embarcación.

Pero apenas unos instantes más tarde, vagas siluetas vivientes comenzaron a reptar, a erguirse, a moverse a lo largo de la playa y las avenidas marítimas, deambulando con un rumor fantasmal de roces y susurros.

Eran cosas, entes extraños y furtivos que parecían almas en pena, y cuya forma real, cuya naturaleza resultaba difícil de definir, casi imposible Eran simples sombras en medio de las sombras de la noche.

De pronto, en el interior del yate parpadeó una luz, cuando Kral accionó una lámpara portátil en la oscuridad. £3 destello fugaz escapó por una de las aberturas de la embarcación.

Inmediatamente, las sombras siniestras de la orilla parecieron presentir, captar con asombrosa intuición, aquella señal de vida en la embarcación situada frente a Copacabana.

Lenta, inexorablemente, "ellos" comenzaron a moverse en sentido diferente. Avanzaron hacia las aguas. Se sumergieron en ellas, flotando en dirección al viejo yate abandonado.

"Ellos" habían localizado, por fin, a Zaura y a Kral. E iban a por los dos humanos supervivientes...

CAPÍTULO IV

"ELLOS"

"AQUEL que teme ser vencido, es que está seguro de la derrota." Napoleón

1 de enero del 3481 Año 1039 de la Novísima Era

1

—Eso fue Río de Janeiro alguna vez...

Ronald Grier cerró sus ojos, angustiado. Se estremeció. Mentalmente, evocó cómo serían otras ciudades semejantes: Nueva York, Los Angeles, Chicago, San Francisco, Londres, Roma, Madrid, París, Tokio, Moscú, Pekín, Melbourne...

No quiso pensar en ello. Quiso creer que esto sólo ocurría en el continente americano. Con ser malo, no sería lo peor de todo. Pero recordando la grabación de Kral y Zaura, comprendió que se estaba engañando a sí mismo. No había vida. Nada de nada en ninguna parte. Todo debía de estar igual.

¿La guerra atómica? ¿El caos final? ¿El Apocalipsis? Quizá. No podía saber lo que había sucedido. La computadora no podía ayudarle tampoco en eso. No tenía suficientes datos para dar una respuesta. Nadie los tenía allí. Estuvieron demasiado lejos, cuando algo sucedió en la Tierra...

La nave sobrevoló las sombrías ruinas en la noche. No descubrió una luz ni un vestigio de vida. Proyectaba luz infrarroja sobre la superficie terrestre, y a través de los visores adecuados, podía ir contemplando los edificios en ruinas o agrietados, las avenidas y calles desoladas, la ausencia de vegetación, el aspecto muerto de los litorales, el aire lúgubre del mar sin señales de vida...

A veces, tuvo la sensación fugaz de que algunas sombras se

despegaban de los muros o de las zonas oscuras, para luego fundirse de nuevo en las tinieblas. ¿Eran realmente formas vivas, o sólo un juego de sombras engañosas a aquella distancia?

Pensó en "ellos". Se estremeció. Tal vez esas huidizas formas pudieran ser... Pero ¿qué eran, exactamente? ¿Qué clase de vida había sobrevivido al gran holocausto final?

Planeó sobre la ciudad, preguntándose si Kral y Zaura habrían llegado a alcanzar Río o se perdieron para siempre en el camino. Y aunque estuvieran allí... ¿dónde podían estar en estos momentos? Río había sido una urbe inmensa. Ahora era un infinito laberinto de viejas calles y derruidas avenidas. Millones de escondrijos para una pareja de fugitivos aterrorizados.

Era virtualmente imposible dar con ellos dos. Tendría que ser la pareja quien diese señales de vida, al ver en el espacio la nave desconocida. Tal vez comprenderían, apenas descubriesen a la Cobaya-6 que alguien venía en su ayuda, que después de todo, no estaban solos en la Tierra.

—Omi estoy preocupado —manifestó Grier entre dientes—. Quisiera saber lo que nos reserva el porvenir. Hay algo en todo esto que no me gusta. Ese silencio, es¿calma de ahí abajo ... no presagia nada bueno, estoy seguro.

El robot se limitó a seguir controlando los mandos de la nave, en vuelo normal sobre Río a velocidad limitada, como si fuese una nave de tipo convencional y no una astronave capaz de volar a ultravelocidad, por medio de energía irónica, a través de sistemas solares, goles, estrellas y galaxias.

—No todo es calma —dijo de pronto Omicrón-2, la vista perdida en el paisaje que se extendía a sus pies, como restos de una civilización extinguida.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? —se volvió hacia él Grier.

—Capto formas en movimiento. Seres vivos, amigo —informó el robot fríamente.

—¿Qué clase de seres? —quiso saber el astronauta, inclinándose junto a su amigo mecánico.

—No lo sé. No puedo analizarlos. Me faltan datos para ello. Tal vez parezcan humanos. Pero quizá no lo sean.

—Ya. Posiblemente sean... "ellos".

El robot no opinó en ese punto. De súbito, había enfilado la nave

en dirección al mar. Grier descubrió, a la luz infrarroja, la existencia de lugares conocidos, de recuerdos viejos y entrañables: Copacabana, el Pan de Azúcar, el Corcovado... De la imagen del Cristo en la cumbre, apenas si quedaba un muñón roto de piedra, allá a sus pies.

Tristemente, contempló lo que ahora eran las antiguas y resplandecientes playas tropicales. Su voz sonó grave:

—¿Qué haces, Omi? ¿Por qué ese rumbo precisamente? Vamos hacia el mar...

—Hay alguien allí —informó Omicrón-2 escuetamente—. Alguien vivo. Humano.

—¿Qué? —exclamó Grier, sobresaltado.

—Mis sensores vieron luz en un punto determinado. He concentrado allí mis circuitos de sensibilidad. Captó vida humana, Grier. En el mar.

—¡En el mar! ¿Cómo es eso posible? —Aquella embarcación, la que flota ante la playa... Es allí donde hay alguien.

Y la nave Cobaya-6 descendió suavemente sobre el lugar señalado por el robot.

2

—Creo que no debiste encender la lámpara, Kral. Es peligroso en estas circunstancias.

—Diablos, no se veía nada aquí dentro. Tenía que hacerlo —se excusó él—. Además, nos ha servido de algo, ¿no es cierto? No sólo hemos encontrado alimentos frescos, capaces de durar durante años en su actual estado de deshidratación, sino que también hemos hallado medicamentos de primera calidad..., e incluso armas.

—Armas... —repitió amargamente Zaura, moviendo la cabeza en la profunda penumbra del camarote donde ahora se hallaban—. ¿De qué nos servirían si "ellos" nos hubiesen encontrado ahora, por culpa de esa luz tuya?

—Sería demasiada casualidad qué pudieran captar un leve reflejo de claridad, dentro de un yate abandonado.

—Sabes cómo son. Están alerta, atentos a todo. Su percepción es monstruosa. No nos enfrentamos con seres humanos, aunque alguna vez lo hayan sido. Eso quedó atrás. La evolución, la mutación final, los convirtió en lo que ahora son. Y debemos tener sumo cuidado. Sabes que no se les puede matar, al menos no por los medios

tradicionales. ¿De qué nos sirven estas armas que hay aquí? Los ocupantes de este yate debieron perecer igual que todos, cuando el desastre ocurrió. Pero aunque hubieran sobrevivido a él... no hubiesen podido seguir existiendo estando "ellos".

—No se oye nada, Zaura. No se nota nada de nada —suspiró Kral, tras escuchar unos momentos en silencio—. Sólo el ruido del mar en el casco... Eso es todo.

—¡Buido en el mar! —repitió de pronto Zaura, con tono angustiado—. Dios mío, eso podría ser...

—Ser, ¿qué? —se alarmó Kral ante su tono.

—Hace poco tiempo sonaba con menos fuerza. He captado últimamente un ruido más sordo, más intenso, contra el casco del barco... ¡Seguro que son "ellos", Kral!

—No, imposible... —el terror asomó a la voz de él—. No puede ser, Zaura...

—Ojalá tengas razón, Kral. Escucha ahora... —los dedos de ella se cerraron con fuerza, crispados, sobre la muñeca de su compañero —. Por favor, no hables. Sólo escucha...

Kral escuchó en silencio, y Zaura notó su escalofrío. Un gemido escapó de los labios del hombre, en la sombra del camarote:

—Eso suena en la cubierta, sobre nuestra cabezas... Es algo que se desliza...

—Sí. "Ellos", Kral. Ahora ya no hay ninguna duda. Están ahí, cerca de nosotros; Han visto la luz, han venido a nado, notando o como sea... y están aquí ahora. ¡Van a caer sobre nosotros finalmente, Kral! Este yate... este yate ha sido en realidad un cepo mortal, una trampa fatídica, no un refugio. Estamos perdidos... de modo definitivo.

—Lo siento, Zaura. Siento que fuese por mi culpa, pero esto... esto tenía que suceder, tarde o temprano, ambos lo sabíamos.

—Claro —ella respiró hondo—. No te reprocho nada, Kral. Como tú dices... tenía que suceder.

Temblaron los dos ahora. Era aquel ruido siniestro, viscoso, que llegaba de muy cerca, que se deslizaba pausadamente por la escalerilla descendente de la escotilla, hacia donde ellos estaban... ¡"Ellos" estaban bajando al interior del viejo yate abandonado!

—Dame esa arma, Kral —susurró valerosamente Zaura—. Al menos, lucharemos hasta el fin. Hasta, que esos horribles engendros

acaben con nosotros . y nos conviertan en lo mismo que "ellos" son ahora...

Y Zaura tomó de un armario un chato fusil lanzallamas, de tipo eléctrico, capaz de disparar cargas incendiarias o de alta tensión, según fuese graduada la carga. Kral aferró otro, y esperaron ante la puerta cerrada del camarote, hacia la que Kral enfiló ya su lámpara eléctrica, de batería solar, proyectando un círculo de luz cruda allí donde muy pronto, sólo unos segundos más tarde, aparecería uno de "ellos"..., o quizá una legión.

En ese preciso instante, sobre el yate zumbó el sonido increíble de un motor, el rugido sordo de unos turborreactores en funcionamiento, que descendían con rapidez hacia la superficie marina.

Y un raudal de luz vertical, un chorro de claridad procedente del cielo, se desplomó súbitamente sobre la superficie del yate, invadiéndolo materialmente, dispersando todas las sombras y las tinieblas.

El Cobaya-6 descendió así, proyectando su luz sobre la embarcación, y pudiendo sus dos viajeros, el hombre y el robot, descubrir todo cuanto en su cubierta había en esos momentos.

Así, finalmente, Ronald Grier y Omicrón-2, pudieron verles a "ellos"...

3

.—¡Nos han encontrado, Kral! ¡Hay alguien al fin, allá fuera! ¡Alguien que no es uno de "ellos", o no utilizaría luz alguna! ¡Suena como una nave! ¡Una nave que llega del cielo, Kral! ¡Es como un milagro!

—Más que un milagro... —jadeó Kral, oyendo cómo el deslizamiento siniestro, al otro lado de la puerta, se alejaba rápidamente, apenas llegó la luz hasta el fondo mismo de la escotilla—. Dios ha debido inspirarles para que lanzaran esa luz sobre el yate. Tal ves han adivinado que "ellos" se refugian en la sombra, que huyen de la luz...

—O quizá su propia lógica se lo reveló. Si han leído el mensaje, verían que a la luz del día no se veía a nadie. Habrán advertido la oscuridad que reina en todas partes, y habrán deducido que la luz puede perjudicarles, ahuyentarles... ¡Vamos, Kral, hay que salir de aquí, procurar que nos vean, antes de que se marchen sin advertir

nuestra presencia a bordo!

—Pero..., pero "ellos" seguirán ahí afuera... pueden atacarnos...

—Hemos de correr todos los riesgos, Kral. Absolutamente todos, sobre todo en estos momentos... —y rápidamente, sin vacilar, como si hubiera recibido una inyección de moral y vitalidad exultantes. Zaura se precipitó hacia la salida del camarote, empuñando decidida su fusil eléctrico, dispuesta a enfrentarse a lo que fuese.

No encontraron a nadie en la escalerilla ascendente, y la luz radiante de las alturas les envolvió en su raudal de claridad blanca y violenta, que a pesar de deslumbrarles inicialmente, habituadas como estaban ya sus pupilas a la luz de los días grises y turbios de aquella nueva época, y a la negrura insondable de las noches alucinantes, agradecieron desde lo más profundo de su alma. Y bajo esa luminosidad, corrieron a la cubierta, aun sabiendo con la clase de monstruosas criaturas que iban a enfrentarse, si "ellos" decidían atacar aun a pesar de la luz vertical llovida del negro cielo.

Pero para su alivio, descubrieron que las últimas sombras misteriosas, desiguales y espectrales, chirriaban sobre el metal de la cubierta, desapareciendo en las sombrías aguas nocturnas, donde se captó su sordo chapoteo, al sumergirse en sus profundidades muertas.

Por encima del yate solitario, la fantástica nave espacial, que Zaura y Kral contemplaban con infinito estupor, y también con un caudal de grandes esperanzas, planeaba mansamente, perdiendo altura por momentos.

Desde los visores de a bordo, en el Cobaya-6, Ronald Grier, asombrado, contempló a un hombre joven, alto y vigoroso, de largos cabellos rubios, de ojos muy claros y pálida piel, apenas vestido con jirones de un pantalón de tejido metalizado, y a una mujer semidesnuda, de firmes pechos» de largas piernas j vigorosas caderas y nalgas, sobre cuyo pálido rostro era visible el platinado de unos largos y lisos caballos que llegaban a golpear la morbidez de sus hombros desnudos.

Entonces supo que, finalmente, había encontrado a Kral y a Zaura.

Y también a "ellos". Aún le duraba el horror de su contemplación, la sensación de escalofrío que provocará en él la terrible revelación que acababa de tener a la luz de su proyector,

allá sobre la cubierta del yate.

Ahora, "ellos" se habían hundido, como medrosos, en las profundas aguas oscuras, frente a la negra bahía carioca. Pero él sabía que seguían allí, agazapados entre el líquido elemento, incapaces de morir, esperando su momento, deslumbrados acaso por la luz que ya no conocían. Pero a la que terminarían habituándose, y que quizá no sería ya el menor obstáculo para su ataque implacable.

La idea de sentirse víctima de aquellos monstruos, provocó un escalofrío en Grier. El astronauta sabía ahora qué eran exactamente "ellos".

Comprendía el terror de los dos infortunados supervivientes de la Tierra, porque él mismo lo sentía dentro de sí, y ni siquiera el hecho de su presunta inmortalidad podía apartar de su mente el horror, el pánico a semejante clase de enemigos.

Porque se habla dado exacta cuenta de que ni siquiera cabía la posibilidad de terminar con ellos, con sus existencias. Era imposible matar a lo que ya estaba muerto.

Y "ellos"... "ellos" estaban muertos.

Porque eran precisamente eso: MUERTOS.

Muertos vivientes. Alguna vez fueron humanos. Ahora, eran sólo piltrafas de carne sobre esqueletos incompletos, simples calaveras cubiertas de algo parecido al musgo, o brazos o piernas, envueltas en aquella materia viscosa, que parecía mover los fragmentos humanos desprovistos de vida, haciendo de cada uno de ellos, ya fuese un cadáver incompleto y en total descomposición, o un simple cráneo descarnado, de vacías cuencas, un ente dotado de existencia propia, una alucinante y nauseabunda criatura que reptaba, que se movía, que pensaba, que odiaba quizá en forma despiadada e infrahumana...

Eso eran "Ellos", después de todo.

Alguna vez, fueron hombres o mujeres. Formaron parte de cuerpos humanos. Ahora, eran sólo cadáveres o fragmentos de cadáveres, miembros o huesos dotados de vida, en los que había crecido una vegetación monstruosa que les devolvía una vida más allá de la Muerte...

CAPÍTULO V

EL MUSGO QUE VIVE

"HAY más cosas en este mundo, Horacio, que las que jamás pudo soñar tu filosofía." Hamlet, W. Shakespeare

Sigue el 1 de enero del 3481 Año 1039 de la Novísima Era

1

Era un encuentro emotivo. Casi patético.

Los tres seres humanos se contemplaron como si cada uno de ellos no pudiera creer en lo que estaba presenciando. En lo que estaba palpando en esos momentos.

7, sin embargo, unas manos tocaban otras manos, unos dedos apretaban otros dedos. Eran tres personas, seres humanos que se encontraban, a través del Tiempo, en una situación límite, en un mundo caótico y hostil, en una época en la que las cosas habían dejado de ser lo que siempre fueron, y en la que ellos eran la excepción, la supervivencia, el último reducto de Humanidad viviente.

Ellos tres solamente. Una mujer y dos hombres. Una pareja del planeta Tierra, siglo XXXV y un hombre del Siglo XXI. Les separaba un abismo en el Tiempo, pero eso ellos dos, Kral y Zaura, lo ignoraban totalmente. Para ellos, había sido hallado el último hombre vivo, el último hombre capaz de salvarles a ellos, de salvarse a sí mismo. En suma el hombre capaz de salvar —aún— a la Humanidad perdida.

Ronald Grier, era para la pareja de fugitivos en un mundo siniestro, el Hombre Omega.

Este lo comprendía, cuando emocionadas palabras, incoherentes exclamaciones de júbilo, y de incredulidad, brotaban de labios de

ellos, en un mismo lenguaje común, alterado acaso por el transcurso de los siglos en ciertas expresiones y tonalidad. Grier recordó casi con nostalgia los tiempos en los que él aprendía en la Universidad la lengua shakesperiana, tal como se hablara en tiempos del genio de Stratford-On-Avon, y sus matices, tan diferentes al inglés de su tiempo. Algo así, pero más profundo aún, había sucedido en los últimos quince siglos.

Un tono melodioso, casi musical, daba a las palabras una armonía nueva y chocante, en las voces de la joven pareja que naufragaba en un planeta yerto y sin otra vida que aquella espantosa que él entreviera desde las alturas, moviéndose por doquier como nueva especie de monstruos vivientes.

—Un hombre... ¡Un hombre vivo! —musitó Zaura, contemplándole todavía largamente, con la admiración y la perplejidad asomando a sus profundas pupilas—. Tenía fe en que un milagro así podía suceder, pero... pero aún no puedo creer que, realmente, haya ocurrido.

—En nuestros tiempos, un hombre poseedor de un ingenio espacial, dueño de luz potente que ahuyenta a los monstruos de la oscuridad... —añadió Kral, admirado—. Es como soñar, como un imposible imaginado por nuestras mentes...

—No es nada de eso, amigos míos —respondió finalmente Grier con su duro inglés de otro tiempo, de otras épocas, que hizo pestañear con cierta sorpresa a la escultural Zaura—. Es realidad. Simple realidad, y nada más.

—Pero ¡qué fantástica y admirable realidad! —murmuró ella, sin quitar sus pupilas color violeta del rostro enérgico del joven astronauta que venía del Pasado, de lo desconocido—. Ahora, cuando ya ni siquiera podíamos pensar que hubiera nadie mas, salvo nosotros, en toda la superficie terrestre... surge usted con esta nave. Y... y con ese Curioso robot que le acompaña... En nuestro mundo ya no hay máquinas, ni robots... ni hombres, Grier.

—Lo sé. He podido darme cuenta de ello. AS menos, en una vasta región americana. He cruzado sobre medio Brasil sin hallar vestigio de vida. Ni humana, ni animal, ni vegetal siquiera.

—Así está todo —explicó Kral—. América... y el resto del mundo.

—¿Lo han comprobado? ¿Con absoluta seguridad? —frunció el

ceño Grier.

—Sí. Con absoluta seguridad. Hace doce años que este todo así...

—¿De dónde viene usted, que nada sabía de todo eso? =indagó Zaura, llena de curiosidad.

—De muy lejos —¡a respuesta de Grier trató de ser ambigua, y lo consiguió—. He pasado un largo tiempo en el espacio, lejos del propio Sistema Solar. No llegué a enterarme de nada. Cuando volví... me encontré con esto. Aún no he logrado digerirlo del todo, amigos míos.

—Es comprensible —asintió Kral—. Resulta difícil de imaginar... pero ha sucedido.

—¿Qué fue? —se interesó el astronauta—. ¿Una guerra?

—No, no —rechazó la pareja vivamente—. No hubo guerras.

—¿Entonces...?

—Sucedió de repente. Pero venía Incubándose desde hacía siglos, usted tiene que saber eso cuando menos.

—Sí, claro —contemporizó Grier, tratando de que sus palabras sonaran convincentes—. Pero ¿qué, exactamente? Los humanos hemos cometido demasiados errores desde que el tiempo es tiempo, para intuir cuál de ellos fue el que provocó esto...

—Fue la suma de varios errores —terció Kral, pensativo, la mirada perdida en el vacío, como tratando de concretar una respuesta que lo sintetizase todo—. El primordial, ir deteriorando la vida en nuestro planeta. Exceso de producción industrial, desorbitados porcentajes de contaminación atmosférica y marítima... Un día, de repente, empezaron a aparecer peces muertos. Toda clase de peces. Incluso tiburones, grandes mamíferos. Todos. Fue el principio del fin. Las aguas estaban envenenadas. Y así siguen. No hay vida en ellas. No hay flora ninguna. Líquenes, musgos, algas, corales, plancton... Todo muerto. Es como una inmensidad de agua estancada, fétida, sin vida, repleta de cadáveres y despojos. Como la propia Tierra...

—De modo que por fin lo lograron —Grier entornó los ojos, con gesto dolorido—. Se destruyeron a sí mismos...

—Totalmente, si —afirmó ahora Zaura, siguiendo el hilo iniciado por su compañero—. El caos ecológico no podía dejar de pasar a tierra firme. El agua dulce, los ríos, también fueron contaminados por la muerte del mar. Su cauce se envenenó,

matando plantas y vida. Las aguas se estancaron, se desecaron paulatinamente. Era inútil cuanto se hacía por evitarlo. El momento de salvar al mundo, había pasado. Ya era tarde para todo. El aire resultaba irrespirable, el exceso de consumo y de producción industrial había arruinado al mundo. Hay quien dice que también había ocurrido alguno, una imprudencia en la manipulación y almacenamiento de ciertos productos químicos muy peligrosos, por parte de alguna potencia, y que esos productos se escaparon de sus recipientes, empezando a provocar el gran desastre, al unirse a la ya creciente contaminación ambiental de todo el planeta. Fuera como fuese, el caso es que sucedió. Murió la vegetación y murieron los animales. El ser humano se debatía en un horror de asfixia, de ausencia de ozono, que producía quemaduras terribles en la piel, de aire irrespirable, de productos químicos liberados, de fétidas emanaciones de la Naturaleza muerta...

No había adonde escapar. Todo estaba envenenado ya en torno.

—¿No se podía escapar de aquí? En esta época tenían suficientes astronaves para buscar otros mundos donde intentar sobrevivir los más...

—La atmósfera, alterada por aquellas emanaciones químicas, se había vuelto una mezcla gaseosa altamente inflamable. La combustión de cualquier producto, producía en seguida un fuego en el aire, que lo abrasaba todo. No se podían utilizar motores, prender energía, alguna... Era el final, y todos lo sabían. Fueron muriendo en una lucha desesperada e inútil contra su propia agonía. Y así terminó todo.

—Ahora, paulatinamente, a lo largo de los años, las cosas han mejorado algo, aunque no mucho —suspiró Kral—. Se puede encender un motor sin que arda la atmósfera, pero ya no hay motores. Se puede respirar oxígeno sin morir. Pero no queda nadie para respirar. Se puede beber el agua de algunas charcas, pero sólo nosotros podemos hacerlo, porque no hay ningún otro que goce del privilegio de la vida. Hay cápsulas hidratantes en viejos almacenes abandonados, donde los medicamentos o alimentos concentrados ya no envenenan como antes, pero tampoco hay clientes para consumirlos en toda la redondez del planeta... Así están las cosas, Grier. Así está el mundo que usted encuentra al volver, amigo mío.

—Sí, lo entiendo —el astronauta cerró sus ojos, impresionado—.

Es terrible.

—Terrible —corroboró ella—. Absolutamente terrible.

—Pero... pero ustedes dos viven —dijo de pronto Grier, abriendo sus ojos y mirándoles fijamente—. ¿Por qué?

—Esa es otra historia —musitó Zaura, encogiéndose de hombros —. Comprendo que le extrañe nuestra supervivencia. Es más obra de Dios, simple milagro, que algo razonable o lógico.

—Aun así, alguna lógica debe de tener.

—Eramos niños cuando esto sucedió. Hubiéramos muerto, como murieron todos los demás niños de la Tierra. Pero algo salvó nuestras vidas. Algo completamente casual, casi ridículo. Así suceden a veces las cosas.

—¿Cuál fue, esa casualidad? —se interesó Grier.

—Kral y yo nos habíamos ofrecido para un experimento científico. Nuestros padres trabajaban en una importante central biológica de los Estados Unidos, y necesitaban dos niños para una nueva experiencia destinada a inmunizar a los humanos contra toda clase de dolencias y enfermedades. Para ello, se precisaba inicialmente un aislamiento absoluto, una esterilización total, y el tratamiento por medio de unos específicos en los que mi padre tenía gran confianza. Con ciega fe en el éxito de la empresa, optó por utilizarnos a Kral y a mí en su gran intento por prolongar la vida humana lo máximo posible. Seríamos las primeras personas incapaces de enfermar jamás. El experimento comenzó. Y a mitad del mismo, se desencadenó el horror.

—La central biológica no tardó en ser víctima, como todos los lugares, de la hecatombe iniciada —añadió Kral amargamente—. Nosotros nos quedamos en nuestra cámara hermética, sometidos al tratamiento aquel. La esterilización y aislamiento de dicha cámara, unido a los efectos de los fármacos, nos inmunizó evidentemente contra la muerte rápida, y nos permitió sobrevivir. Cuando salimos de allí... nuestros padres habían muerto, como todo el mundo. Ni siquiera tuvieron tiempo de venir a sacarnos de allí... o pensaron que era mejor correr el riesgo de dejarnos aislados del mortífero exterior, por si había, esperanzas de supervivencia.

—Entiendo. Y la hubo...

—Sí, Grier, la hubo —afirmó Zaura lentamente—. Nos salvamos ambos. Es nuestra historia. Aún no sé si fuimos elegidos de Dios.

Pero considero que otros muchos hubiesen merecido igual suerte, y no tuvieron ocasión.

—Tal vez el Creador fue lo bastante sabio para salvar una nueva Eva y un nuevo Adán, Zaura —apuntó Grier cansadamente.

—No, eso no —negó ella, despacio—. ¿No se ha dado cuenta? Kral y yo... somos hermanos.

2

La Cobaya-6 sobrevolaba el terso y frío mar inerte. Ni una embarcación, ni las burbujas producidas por un pez, ni el más leve movimiento en las aguas. Era como una inmensa tumba líquida, extendiéndose por doquier. Estaban dejando atrás Brasil.

Asomados a los amplios visores de a bordo, Kral y Zaura contemplaban absortos el espectáculo, para ellos insólito y nuevo, de raí viaje aéreo, sobrevolando el mundo dantesco en que les había tocado arrastrarse, en un triste remedo de existencia.

—Es fantástico —suspiró Zaura—. Sólo conozco cosas así por mis recuerdos, infantiles, por proyecciones y libros que he revisado después, al deambular por esas ciudades llenas de silencio, de polvo y de soledad. Pero esto es diferente. Es? algo vivo, real. Una emoción insospechada, Grier.

El astronauta sonrió, acercándose a ella. Kral examinaba, fascinado, los mecanismos electrónicos de a bordo, junto al impasible Omicrón-2, que parecía algo celoso por la presencia de otros seres en la nave.

—Me habéis hablado de todo lo que sucedió entonces... ¿Por qué dijiste que estamos en el año 1039 de la Novísima Era?

—¿Cómo? —se sorprendió Zaura, volviéndose a él—. ¿Es que no sabes acaso que la Novísima Era comenzó hace mil treinta y nueve años, exactamente desde hoy, día primero del año?

—No, no lo sabía —suspiró Grier—. Olvidé decirte algo. Este viaje espacial fue muy largo. Quizá demasiado. Yo... yo procedo del pasado, Zaura. No soy de este tiempo.

—¿Quieres decir., quieres decir que tú tienes más de MIL años? —pestañeó la platinada y semidesnuda criatura, con vivo estupor.

—Eso quiero decir, sí. Mucho más, Zaura, aunque no lo creas. Habrás oído hablar en otros tiempos de suspensión animada, crionización, hibernación y todo eso... Y habrás sabido que el Tiempo es un concepto muy relativo, cuando uno está demasiado

lejos de todos los mundos habitados, inmerso en el infinito Cosmos...

—Creo entenderlo, pero me asustas —musitó ella—. En cualquier momento podrías... podrías envejecer, ser un hombre milenario... Resultaría terrible, Grier...

—No creo que suceda —sonrió él—. Es como si no hubiera vivido todos esos siglos. ¿Qué sucedió, exactamente, hace diez siglos, para que la Era cristiana se convirtiera en Novísima Era, Zaura? Tuvo que ser algo excepcional...

—Lo fue —asintió ella lentamente. Le miró con cierto dolor—. Tú preguntaste antes... por qué sucedió todo esto. Insinuaste si hubo una guerra... y yo te dije que no. Era cierto, Grier, pero yo no podía saber que tú... procedías de tiempo tan remotos. Entonces, amigo mío entonces sí hubo una guerra. De ello hace, exactamente... mil treinta y nueve años. Duró solamente unos días. Fue suficiente. Las grandes potencias se aniquilaron entre sí. Y arrastraron en su aniquilación a otros muchos países. Entonces, casi terminaron ya con la vida humana. Pero no con toda. Quedaron pueblos supervivientes. Se rehizo todo. Demasiado deprisa, diría yo. Lo cierto es que, a partir del día de la paz, se resolvió iniciar una nueva época: la Novísima Era. Se cambiaron calendarios, se hizo una inmensa acción de gracias a Dios por haber sobrevivido y poder empezar de nuevo. Los viejos errores, sin embargo, no se olvidaron. Y sólo mil años más tarde, nuevamente proliferada la tecnología, ésta acabó por destruirlo todo. Y esta vez no hubo solución, en esta ocasión no hubo tiempo de hacer la paz con los elementos industriales y técnicos desencadenados contra su propio creador.

Grier asintió, profundamente impresionado. Se sentía por un instante demasiado viejo. Habían ocurrido tantas cosas en su ausencia... Era como contemplar un interminable filme con la historia de los demás. Y también con su muerte como final.

—Hay algo que aún no entendí, Zaura —susurró Grier, tras un largo silencio, mientras la nave seguía sobrevolando las aguas yertas.

—¿Qué?

—"Ellos"... ¿Cómo surgieron, qué son, exactamente?

—Creí que habías llegado a verlos cuando proyectasteis vuestra luz sobre aquel viejo barco...

—Los vi, es cierto. Pero no puedo comprender... cómo sucedió todo. Cómo empezaron a vivir esas... esas cosas. Son sólo cadáveres. A veces, simples esqueletos. Incluso fragmentos de cadáveres o de esqueletos tan sólo... Pero se mueven, viven... y hasta creo que piensan.

—Dices bien. Se mueven, viven, piensan... Pero no son sino muertos, cadáveres vivientes, completos o fraccionados. Es un horror. Una mutación.

—Una mutación significa vida por sí misma. Esas cosas horribles no son nada vivo, Zaura...

—No lo eran. Pero los cementerios, los amasijos de cadáveres, los fragmentos de esqueletos, los cuerpos que se pudrían en el fondo de los mares, cobraron vida de repente. Una vida nueva y horrenda. Una vida diferente a lo que entendemos por vida. Algo, un resultado del caos ecológico, sin duda, hizo brotar esa especie de musgo gelatinoso que los envuelve y altera. Creo que no son los fragmentos humanos en sí los que viven, sino el musgo envolvente, esa materia hecha de corpúsculos, acaso de entes unicelulares que, por un siniestro prodigio de la Naturaleza, poseen inteligencia y vida. Lo que hacen es tomar cualquier forma que tuvo vida, y manipularla a su antojo, como integrante de sí mismos.

—¿Sabéis lo que sucede si... si atacan a alguien vivo?

—Lo sospechamos —musitó ella—. Una vez, encontramos una alimaña viva. Fue algo sorprendente que no logramos entender bien. Del resquicio de un muro agrietado, emergió una araña y se aproximó a nosotros. Era una araña gigante, mayor que una tarántula. Nos quedamos horrorizados. Pensamos en luchar, en defendernos de ella, si nos atacaba, aunque en el fondo agradecíamos su presencia, sin saber por qué, quizá por el simple hecho de ser una criatura viva, entre tanta desolación. Esto sucedía de noche, en una ciudad cualquiera... Lo cierto es que, antes de que pudiéramos saber lo que haríamos, uno de "ellos", un cadáver mutilado y horrible, surgió de entre las ruinas, y aferró a la araña, adhiriéndola a su viscosa sustancia envolvente, como si los papeles se hubieran cambiado, haciendo del gran arácnido una inofensiva mosca. Asistimos aterrados a la escena. Y pudimos ver, llenos de angustia, de pánico, que la araña, momentos después de morir... se quedaba envuelta en esa especie de musgo viviente... y a su vez, se

convertía en uno de "ellos". Entonces supimos cuál sería nuestro futuro destino, si alguno de "ellos" lograba caer sobre nosotros.

Grier no comentó nada, limitándose a asentir, sombría su expresión. Tras unos momentos de pausa, alzó los ojos y miró a Zaura.

—Pero tú dejaste grabado un mensaje. Hablaste de una clave, de un modo de luchar. Mencionaste cifras misteriosas, exactamente "OMEGA-ZXQ-3.003-GALAXY-66H". ¿Qué significa eso... y el lenguaje misterioso que nuestra computadora no pudo descifrar? Decías allí que en ello puede estar la solución para evitar que "ellos" lo aniquilen todo.

—Es cierto, Grier —afirmó lentamente la joven de los cabellos platinados, con una amarga sonrisa—. Pero no puedo revelarte lo que significa todo eso.

—¿Por qué no? —se extrañó Grier—. ¿Es que no confías en mí?

—Sí. Confío en ti ciegamente —asintió ella, clavando sus ojos en el astronauta—. Pero no se trata de eso. Sencillamente, me limité a recitarte una clave y un lenguaje que yo misma desconozco, pero que abre una posibilidad a una victoria final sobre "ellos".

—Si tú lo desconoces... ¿cómo puedes recitarlo y saber cuál puede ser su utilidad?

—Lo hallamos Kral y yo en un lugar donde un hombre había muerto. Estaba sobre su cadáver. Al parecer, había sido junto con nosotros el último superviviente humano en este Continente. Era un científico, el profesor Wasinsky, según decía en sus documentos. Murió víctima de la contaminación letal de la atmósfera, pero sobrevivió algún tiempo y mencionaba en su documento a... a los "zooplasmas encefálicos".

—A los... ¿qué?

—Zoomplasmas encefálicos. Al parecer una forma unicelular de mutación, surgida del suelo cubierto de , cadáveres en descomposición. Algo vivo de los propios hombres, mezclados con otra forma de vida química. Era lo que decía en sus documentos. Kral y yo imaginamos que se refería a... a ese musgo gelatinoso que los envuelve a "ellos". Por, eso digo que es una posibilidad. Según el profesor Wasinsky, sus descubrimientos podían terminar con "ellos" definitivamente.

—Sí, pero ¿dónde tiene esos descubrimientos?

—No lo sé. Sólo había grabado eso. Y en otra grabación, figuraban la clave y el lenguaje desconocido, que me aprendí de memoria, antes de partir de allí.

—¿Dónde sucedía eso, Zaura?

—En un lugar de los Estados Unidos, junto a una vieja Misión religiosa, cerca de la frontera mexicana. Decía algo más al final de su mensaje. Hablaba de que solamente Dios podía ayudar a quienes sobrevivieran, si éstos sabían confiar acudían a Él en busca de ayuda. Eso, supongo, no tenía el menor sentido.

—Tal vez no —arrugó el ceño Grier—. Pero es lo único que tenemos. Valdría la pena intentar hallarlo.

—Sí, pero ¿dónde?

—No lo sé, Zaura —sonrió gravemente el astronauta, con gestó pensativo—. Como dijo ese pobre profesor Wasinsky... confiemos en Dios. Y en su hallazgo científico, sin duda. Porque si él murió y no se convirtió en uno de "ellos"... es porque experimentó en sí mismo, fuera lo que fuese lo que encontró para luchar contra esos malditos "zooplasmas encefálicos", ¿no es cierto?

—Sí —Zaura le miró, con repentina sorpresa—. Eso es bien cierto, Grier. No se me había ocurrido pensar en ello, pero el cadáver del profesor Wasinsky, es el único que hemos hallado en condiciones normales... como siempre fueron los cadáveres... y no vimos rastro alguno de esos horribles entes por los alrededores...

Grier sonrió, asintiendo. Una luz de esperanza había brillado de pronto en la mente del astronauta. Tal vez valía la pena buscar, tratar de hallar aquel secreto del hombre muerto. Aunque no sabía por dónde empezar esa búsqueda.

Bajo la nave, el mar había terminado su monótono desfile. Ahora, viejas islas del Caribe aparecían a sus pies, desprovistas de su antigua vegetación, ausente de su superficie todo signo de vida.

Llevado por un instinto que no sabía explicarse, Grier enmendó la ruta de la nave. Omicrón-2 volvió hacia él su rostro metálico con extrañeza.

—Ruta alterada —le informó—. Volamos en dirección noroeste. Hacia los Estados Unidos de América...

—Lo sé-afirmó roncamente Grier, clavando sus ojos en la distancia—. Es sólo un presentimiento, Omi. Pero ; creo que el secreto del profesor Wasinsky, no puede estar muy lejos del lugar

donde él murió…

Kral y Zaura, sorprendidos, le miraron con una luz de esperanza en sus ojos.

La nave Cobaya-6 sobrevoló a considerable altura el Golfo de México, hacia tierras norteamericanas. Eran el país de origen de todos ellos, aunque él hubiera nacido allí con una diferencia de quince siglos con respecto a los dos rubios hermanos que sobrevivieron a la muerte del mundo.

CAPÍTULO VI

LOS OTROS MUTANTES

"NADIE quiere al hombre que tiene miedo." Aristóteles

3 de enero del 3481 Año 1039 de la Novísima Era

1

—Era ese villorrio, estoy segura.

—¿Totalmente, Zaura?

—Sí, creo que sí. ¿Qué piensas tú, Kral?

—Estoy de acuerdo contigo, hermana. Es ahí, no hay duda. Recuerdo bien el lugar. Esas eran las casas. Aquella forma de allá lejos, la Misión. Sólo; que todo está un poco más derruido.

—Bastante más, diría yo —suspiró ella—. Y es lógico. Estas siguen siendo viejas edificaciones. Adobes, ladrillos cocidos al sol... El mundo, después de todo, no ha cambiado mucho en algunos sitios. Debió ser una hermosa época ésa. Lástima que pasara para siempre...

Grier asintió, ceñudo, la mirada fija en el paisaje desde el visor central de la sala de mandos de la gran nave estelar. A su lado, Omicrón-2 mantenía los mandos en posición adecuada para sobrevolar la zona.

—Descenderemos —dijo el astronauta—. En aquel amplio claro desértico, entre la Misión y el pueblo.:.

—¿Crees que servirá de algo volver aquí? —murmuró Zaura.

.—No lo sé. No vamos a perder mucho probando fortuna. Ahora no tenemos que desplazarnos durante años a través de territorios y países, como hicisteis vosotros en todo este tiempo. Tenemos la nave a nuestra disposición. La energía que consume es mínima. Y se regenera por medio de baterías solares. Nuestro combustible es

prácticamente infinito.

—¿No será mucho riesgo posarse ahí? —señaló Kral, preocupado—. Estando nosotros ausentes, podría oscurecer. Si surgen "ellos"... la nave peligraría.

—No hay cuidado —rechazó Grier—. Es hermética cuando se cierra. Omi se quedará dentro, vigilando. Estando él aquí, no puede suceder nada. Sólo nos franqueará el paso a nosotros, ¿no es cierto, amigo?

—Por supuesto —afirmó la voz metálica del robot—.Solamente a mis amigos. Nadie entrará aquí en forma alguna.

La nave descendió con rapidez, una vez elegido el lugar adecuado. Se posó mansamente sobre su soporte de aterrizaje, silenciándose los poderosos reactores. La forma esbelta, plateada, permaneció quieta en el hosco paraje, como un elemento que no tuviera sentido, en medio de aquella rústica panorámica de tierras áridas, un pueblecito pintoresco de otros tiempos muy remotos, y las ruinas de una antigua Misión religiosa, a la que ahora no acudiría nadie a rezar ni a postrarse ante la cruz, porque nadie había para creer o para orar.

Salieron de la nave los tres viajeros humanos. Omicrón-2 se quedó dentro, deambulando entre los mecanismos como si se sintiera dueño de todos ellos, orgulloso de su misión de espera y vigilancia.

Un proyector de luz y otro de energía eléctrica agresiva, fueron situados previamente por Grier, enfocados hacia el villorrio al que se dirigieron caminando sobre el áspero terreno calcinado.

—¿Sabrá ese robot manipular los proyectores, en caso de emergencia? —dudó Kral.

—Confiad en Omicrón-2. Es el más perfecto robot creado en mis tiempos. A veces, incluso creo que es capaz de pensar por sí mismo, y hasta de sentir. Tiene instrucciones concretas, y su memoria funciona perfectamente. Si oscurece estando nosotros ahí, nos dará luz. Y si nos ve en apuros, hará accionar el arma eléctrica para protegernos. Emite unas descargas que tienen poco efecto sobre el ser humano, y mucho sobre cualquier otra forma de vida, incluida la animal. Espero que eso baste, en caso de apuro.

Siguieron hacia el viejo pueblo en ruinas. Grier leyó su nombre en un tablero medio abatido, en un poste de algún antiguo sendero,

borrado ya por el viento y el polvo de años.

—San Jacinto —leyó—. Cielos, casi había olvidado nombres así..

—Yo también —suspiró Zaura—. Nuestra época no estuvo precisamente cerca de Dios ó de los santos varones. El materialismo lo inundó todo. La corrupción y el vicio invadieron la Tierra. Creo que fue como una maldición bíblica, Grier. A veces lo he pensado así, y me he estremecido al pensar que, realmente, todos merecimos lo que sucedió entonces. Si hubieras conocido nuestra Novísima Era, amigo mío. „

—¿Tan mala fue?

—Vergonzosa. No soy moralista ni puritana. Ya, ni siquiera tiene eso sentido alguno. Pero me aterra recordar aquellos tiempos de orgías, de abusos... La carne gobernaba el mundo, junto con la industria y la tecnología. Dinero, productividad, consumo y sexo. Era todo. Lo demás no contaba. Y de repente...

—De repente, salió Lot y habló a sus yernos, que habían de casarse con sus hijas, y dijo: "Levantaos y salid de este lugar, porque va el Señor a asolar la ciudad". Mas a ellos les pareció que hablaba como chanceándose y no quisieron salir... — Grier terminó su recitado, ante el pasmo de los dos hermanos, añadiendo con lentitud—: Génesis, capitulo XIX, versículo catorce. Es el principio de la destrucción de Sodoma y Gomorra...

—Dios sea loado —susurró Zaura, impresionada—. Tú lo recuerdas... Recuerdas la palabra del Señor... después de tanto tiempo.

—Para Dios no hay Tiempo ni Espacio. Todo es una misma cosa y un mismo lugar y momento, Zaura. Entiendo lo que quisiste decir antes. Tal vez haya sido así, después de todo. Quizá no merecimos otra cosa.

Siguió adelante, hacia el interior del villorrio que se extendía ante ellos, con sus viejas callejuelas y sus edificios pintorescos, de adobe y ladrillo, como un lugar anclado en el tiempo, mas de quince y más de dieciséis siglos atrás.

San Jacinto era la típica ciudad fronteriza entre México y Texas, allá cuando los Estados Unidos estaban lejos, muy lejos de su autodestrucción bajo nubes de gases tóxicos, química mortal y errores humanos. Alguna vez fue un remanso de paz y sosiego, un lugar donde gentes sencillas durmieron su "siesta" y tomaron sus

tragos en una cantina, sin prisas para nada, sin pedir ni desear otra cosa que su vida apacible y tranquila, que jamás hubiera provocado el caos.

Pero ni siquiera ellos se salvaron de la hecatombe final. Ni siquiera los que nada desearon ni pidieron, pudieron sobrevivir al holocausto. Así eran las cosas. Cuando el mal se desencadena, no hay frenos para detenerlo.

Grier y sus dos amigos, se detuvieron en medio de una de las desoladas calles del pueblecillo, bajo la luz de un sol velado por nubarrones grises y plomizos, tan distinto al que debió abrasar sus calles en otros tiempos.

—Pensar que también "ellos" estarán acechando por ahí, ocultos a la espera de la noche, de la oscuridad... —musitó Kral, estremecido.

El astronauta no comentó nada. Estaba contemplando una vieja cantina, con su nombra en español y sus puertas oscilantes medio derruidas, cubiertas de polvo. Zaura le tomó por un brazo y señaló algo.

—Mira —dijo—. Ahora estoy segura. Este es el lugar.

Señalaba a un punto determinado. Una plazuela circular. Había carros sin caballos, con ruedas herrumbrosas, medio vencidos hacia un lado, cubiertos de una densa polvareda. El silencio, la ausencia de vida en el viejo pueblo fronterizo, causaba escalofríos.

Lo que la rubia joven señalaba, era un poste de piedra, con un crucifijo de piedra también sobre su punto más alto, y una especie de fuente circular alrededor, ahora desprovista de agua. El pilar aparecía lleno de polvo y piedras. Se acercaron. Sobre la piedra, se leían unos versículos en latín, y el nombre de San Jacinto.

—Sí, es aquí —corroboró Kral—. Lo recuerdo muy bien, Zaura.

Ambos hermanos habían identificado aquel poste con su cruz. Estaban en el sitio donde un investigador había muerto, quizás mientras descansaba, lejos del mundo odioso que le había tocado vivir, sumido en sus investigaciones para tratar de evitar los siniestros males que presentía iban a desencadenarse pronto sobre la especie humana.

Uno de "ellos", aquel de los "zooplasmas encefálicos", de complejo nombre e incógnita naturaleza todavía.

—Bien, eso ya es algo —aprobó—. Ahora, díganme hacia dónde

debemos ir en busca de la que fue vivienda de ese profesor...

—Es por ahí —señaló Zaura—. Hay que pasar esa plazoleta. Casi al final del pueblo... Creo que recordaré la casa. Estoy segura. Vamos.

. Siguieron adelanté. Grier miró preocupado hacia atrás. La forma plateada de la nave se erguía hacia el cielo, apuntando a las nubes con su puntiaguda proa. Pero se estaban alejando de ella. No le gustaba permanecer demasiado lejos de la astronave. Era su mejor refugio. El único eficaz contra "ellos"...

Pero la tarde aún se prolongaría lo suficiente. Faltaba mucho para oscurecer.

Siguió a Zaura y a Kral, confiando en que todo aquello condujese a alguna parte, como él había confiado al tener la corazonada de volver aquí, donde hallaran ambos hermanos el cadáver del científico y sus documentos de investigación que abrían una puerta —la única—, a la esperanza.

Se detuvo por un momento Grier, sintiendo una rara sensación. Miró en torno. Sólo vio los edificios semiderruidos, las calles polvorientas, las cercas derribadas. Kral y Zaura le miraron, sorprendidos.

—¿Ocurre algo?—indagó ella, curiosa.

—No, nada —negó lentamente Grier—. Nada...

No quiso exponer lo que pensaba, lo que le había hecho detenerse. Tal vez ellos hubieran pensado que se estaba dejando impresionar por todos los sucesos de última hora. Pero lo cierto es que Ronald Grier había sentido, por un momento, la extraña impresión de que alguien le observaba.

Parecía una idea ridícula, porque era pleno día, y "ellos" no daban señales de vida, no emergían hasta el oscurecer. Y no había allí nada ni nadie más.

Sin embargo, mientras continuaba caminando junto a ellos, esa sensación incómoda continuó fija en él.

Seguía pensando que era observado, vigilado por alguien:... Alguien que estaba ahora allí, en el pequeño pueblo fronterizo, y que era imposible de ver.

2

—Es aquí.

La firmeza era evidente en el tono de Zaura. La muchacha estaba

totalmente segura de lo que afirmaba.

—Sí —corroboró Kral—. Mi hermana tiene razón. Esta es la casa. Aquí vivió y murió el profesor Wasinsky... Aquí hallamos su cadáver, sus documentos...

Grier examinó el viejo portón agrietado, a punto de desprenderse de sus bisagras, en la tosca fachada de adobes, con sólo dos ventanas cerradas. Un porche y una mecedora, era todo lo que había en su frente. Un estremecedor recuerdo de un hombre cansado de la supercivilización, que buscó allí su remanso de paz para estudiar e investigar. Y que allí encontró la muerte, cuando ésta azotó todo el planeta.

Grier empujó la puerta, que emitió una serie de desagradables chirridos, antes de ceder definitivamente. Kral y Zaura le siguieron. Una bocanada de aire viciado, de abandono y de olvido, les hirió el olfato al entrar. La casa toda aparecía en penumbras frescas y suaves, pese al agrio calor que envolvía al mundo sin vida.

Lo encontraron en una amplia sala destinada a biblioteca y filmoteca. El esqueleto reposaba sobre un sillón de cuero, completamente intacto. Jirones de tela colgaban polvorientos de su osamenta. Los ojos vacíos, las cuencas oscuras, les miraron desde la Eternidad. Los dientes descarnados, dibujaban su eterna sonrisa, burlándose acaso de tantas y tantas cosas como despreció en vida.

Grier se aproximó a él. Zaura susurró:

—Sigue igual. Ahí lo dejamos, Grier. No quisimos tocarlo. Al menos, que él repose donde le sorprendió el fin. Tal vez es todo lo que deseaba.

—De modo que aquí estudiaba, aquí escribía e investigaba... —el astronauta examinó los estantes repletos de libros, las grabadoras y reproductoras, las cajas de filmaciones con sus rótulos. Tenía allí cuanto necesitaba para sus investigaciones y estudios.

Ante él, una mesa de trabajo aparecía repleta de papeles y de filmaciones de libros. Junto a todo eso, había un proyector de microfilmes, una grabadora magnética y lápices y plumas.

—Ahí tenía el documento escrito —dijo Zaura—. Lo quemamos, para evitar que "ellos" pudieran apoderarse de todo, aunque parece que aquí no han llegado a penetrar jamás...

—¿Lo memorizaste?

—Por completo. La clave, el lenguaje desconocido. Me limité a

aprenderlo como estaba escrito, y así lo recité al grabarlo en mi mensaje de socorro.

—Sí, entiendo —Grier frunció el ceño. Miró a la pared. Un viejo grabado enmarcado, colgaba del muro, a espaldas del esqueleto del profesor Wasinsky. Era una imagen de la Misión de San Jacinto, tal como sería en tiempos de la colonización.

Kral señaló las cajas conteniendo microfilmes.

—Examinamos eso. Son todo filmaciones de páginas de libros. La mayoría científicos. Buscamos en ellos el significado de las palabras "zooplasmas encefálicos". El término en sí no tiene ahí traducción concreta.

—De modo que no creen que aquí, entre esos libros y documentos, se encuentre nada que pueda servirnos para encontrar el secreto del profesor...

—No, no creo —negó Zaura—. Si tomó tantas precauciones para dar la clave de su paradero, resultaría ingenuo dejarlo aquí, al alcance de cualquiera. Después de todo, él no parecía totalmente seguro de que sus descubrimientos hubieran sido eficaces para detener esa plaga viviente. Es lo que se desprendía de sus escritos.

—Según eso, investigaba ya en ello cuando sucedió todo. Luego, sobrevivió algún tiempo, en este paraje, hasta que la toxicidad atmosférica le mató, y pudo ver, quizá, algún ejemplo de la mutación de "ellos". Pero no llegó a saber que su método daría resultado, puesto que hasta después de morir él mismo, esa eficacia no se demostraría palpablemente...

—Sí, es lo que yo he pensado —asintió Zaura, pensativa.

—¿No se te ocurre, Grier? —Kral le miró con avidez—. Si al menos... supieras dónde pudo él ocultar ese descubrimiento...

—Tenía la corazonada de que aquí lo hallaríamos, de que no puede estar lejos y de que él, de algún modo, nos daría alguna clave más para localizarlo. Pero no veo aquí nada especial, nada revelador. Su esqueleto, sus documentos... —apartó hojas polvorientas, releyó escritos, fórmulas, acotaciones, que nada le dijeron—. No, no encuentro nada que nos conduzca a la verdad. Y, sin embargo, estoy seguro de que no está lejos. Tal vez lo ocultó en algún lugar de esta casa, donde pensara que "ellos" no llegarían, tras la mutación.

—Podríamos buscar entre todos —apuntó Kral—. Nos sobra todo

el tiempo del mundo.

—Sí, es una buena idea —asintió Zaura—. La primera vez, sólo estuvimos en esta sala, no se nos ocurrió recorrer él edificio...

—Esta vez, lo haremos —afirmó Grier con energía—. No podemos dejar nada al azar. Apuraremos al máximo las posibilidades. Pero recordad algo: no nos dejemos sorprender por la oscuridad. Antes de caer la tarde, tenemos que estar fuera de esta casa, fuera del pueblo... a ser posible dentro de la nave o, cuando menos, al lado mismo de ella.

Asintieron ambos hermanos. Se dividieron los tres, tomando cada uno diferente dirección. Zaura subió a la planta alta. Kral y el astronauta, empezaron a recorrer la amplia planta inferior, incluido el patio y el cobertizo posterior para caballerías que ahora, naturalmente, no existían ya.

Los esqueletos de dos cabalgaduras, reposaban sobre el heno polvoriento. Era evidente que "ellos" no sufrían su mutación sobre cadáveres de animales, sino solamente sobre los restos humanos... a excepción de uno: el profesor Wasinsky.

Ronald Grier se dedicó, con más ahínco que nunca, a buscar la única solución posible al problema que significaba la existencia de los repulsivos seres mutantes. Y una vez más mientras recorría el patio cubierto de polvo y piedras, estuvo seguro de que alguien le miraba desde alguna parte, de que una forma de vida inteligente se hallaba, cerca de él.

Se volvió, con una leve escalofrío. No vio nada ni a nadie.

Pero la impresión persistía.

3

Lo había temido desde un principio.

La búsqueda en sí, el anhelo por dar con algo positivo, la gran cantidad de documentos, libros y filmaciones que tenía en su morada el profesor Wasinsky, fue culpable de que ninguno de ellos prestara atención al tiempo que transcurría en la tarea. Por tres o cuatro veces creyeron dar con la solución cuando hallaron documentos muy bien guardados, pero en todos los casos resultaron ser trabajos muy diferentes a lo que querían encontrar.

Y, de pronto, Ronald Grier se dio cuenta, con un estremecimiento.

Había oscurecido.

Se hacía de noche.

—¡Vamos ya! —gritó roncamente, deteniendo la búsqueda en seco—. ¡De regreso a la nave, pronto! ¡Se nos acabó el tiempo!

Acudieron corriendo Kral y Zaura. Se miraron todos con alarma, en la repentina penumbra. Ella se lamentó:

—Debí recordarlo. Oscurece con mucha rapidez ahora. Al atardecer el nublado se hace virtualmente negro, y precipita la llegada de la noche. Es cuando "ellos" empiezan a salir de sus escondrijos...

—No creo que haya nada aquí que merezca la pena de seguir corriendo riesgos inútiles. —avisó Grier, caminando resuelto hacia la salida. Extrajo de su bolsillo una potente lámpara de batería solar —. En marcha. Llevaremos luz por el camino. Es un chorro muy fuerte, y puede que ahuyente a los primeros en salir al exterior...

—Sí, tal vez —musitó roncamente Kral—. Pero ¿y si no lo hicieran?

Grier se encogió de hombros, dándole a entender que ésa era una posibilidad que no admitía vuelta de hoja. Si ocurría así, sería lo peor que podía sucederles.

Maldiciendo la torpeza en demorarse, Grier abría camino hacia el exterior. Apenas pisaron la polvorienta calle, comprendió el astronauta que las cosas estaban peor de lo que imaginara.

La oscuridad era muy intensa. Había caído súbita, imprevisiblemente, sobre todo el villorrio de aspecto, mexicano. De repente, los edificios de adobes eran como amenazadoras sombras repletas de espantosos peligros. Y no era sólo una simple sensación.

Era una escalofriante realidad.

Oyeron rodar algo sordo por el suelo en sombras. Grier prendió rápidamente la luz de su poderosa linterna, barriendo la calzada. Zaura exhaló un gemido de terror.

La claridad reveló rodantes formas de hueso, esferas desiguales de color marfileño, con negras cuencas vacías. Calaveras. Rodaban solas, con vida propia, movidas sobre una base gelatinosa, de una especie de musgo azulado. Mas allá, fue un brazo humano el que reptó como un lagarto, metiéndose en una rendija.

Los tres camaradas seguían adelante, haciendo de tripas corazón, con un estado de ánimo demolido, pero con una serenidad forzada, sabiendo que era precisó seguir... o quedarse allí para

siempre, condenados a una segunda vida vegetativa, convertidos en piltrafas humanas movidas por un musgo vivo y, tal vez, inteligente y pensante. En suma, convirtiéndose en una especie de nuevos vampiros surgidos de las tumbas. Pero sin ni siquiera sangre en sus venas, moviéndose por un mundo muerto, como espectros del horror.

—Aquello... es horrible —jadeó Zaura en una ocasión.

Grier proyectó la luz en esa dirección y notó que se le erizaban los cabellos. Por una grieta en las ruinas, se perdió un busto humano, una cabeza y medio tronco hechos de huesos y carne desgarrada y putrefacta, que goteaba purulencias y se envolvía en el amasijo azul de aquellos musgos pegajosos.

El astronauta trató de mantener su mente fría y lúcida. Allá, en la distancia, brilló de repente una poderosa luz, barriendo una parte del sombrío paisaje. Hizo destellar como si fuese plata pura el fuselaje esbelto de la nave Cobaya-8.

—Omi cumplid su parte —susurró Grier—. Somos nosotros los que hemos fallado...

Y, de repente, sin saber la causa, supo que el desastre había llegado irremisiblemente.

"Ellos" habían perdido su miedo a la luz de la linterna. Algunas formas hediondas empezaban ya a moverse hacia ellos, a rodearles. Notó la espeluznante proximidad de unas viscosas partes humanas reptando junto a sus botas de astronauta. Otras, ya rozaban los pies desnudos de Zaura, que emitió un grito de terror. Kral golpeó a una cabeza huesuda, con pellejos y cabellos adheridos aún a su calavera, y le salpicaron las piernas unos corpúsculos azulados, pegajosos y móviles como tentáculos de pulpo. Empezaron a extenderse sobre su piel desnuda. Él joven gritó:

—¡Mi pierna! ¡Se hiela por momentos! ¡Noto algo frío que me penetra! ¡Esa maldita cosa... me duele, se aferra a mí...!

"Ellos" se les vinieron encima, inexorablemente.

Sabían que habían vencido. Que los humanos estaban perdidos. Y que era cuestión de simples momentos convertirlos, a su vez, en otros miembros de su espantosa comunidad del horror...

4

Justamente entonces, cuando todo estaba perdido, ocurrió el milagro.

Entonces hubo algo que les aferró, que les arrastró hacia una ancha grieta en las ruinas de un edificio.

De las sombras de lo desconocido, una nueva forma de vida se interpuso entre ellos y su destino aterrador.

Grier no podía saberlo aún, cuando se sintió desplazado por una fuerza incontrolable, y oculta, hacia las zonas más sombrías del villorrio mexicano. Pero acababan de entrar en contacto con otros seres.

Y entraban ahora en los dominios de los "otros" mutantes...

CAPÍTULO VII

MONDO OCULTO

"ENTONCES el Señor llovió del cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego por virtud del Señor. Y arrasó esas ciudades, y todo el país confinable, los moradores todos de las ciudades, y todas las verdes Campiñas del territorio." Génesis, Capítulo XIX, Versículos 24 y 25

4 de enero del 3481 Año 1039 de la Novísima Era

Los "otros" mutantes.

A Grier le resultó sumamente fácil comprender eso. Y ni siquiera sabía por qué...

—¿Mutantes? ¿Qué clase de mutantes? —preguntó, todavía aturdido.

Las radiaciones, las ondas mentales o lo que ello fuese, le llegaron nítidas a su cerebro, aún confuso tras la terrible experiencia vivida en el pequeño pueblo de San Jacinto.

—Somos la única forma de vida inteligente que sobrevivió al gran cataclismo..., hasta que "ellos" aparecieron —dijo aquella voz sin sonido en el interior de su cerebro.

—¿Humanos?

—No. Humanos, no. Nunca lo fuimos. Primero fuimos sencillas y humildes criaturas que no parecían destinadas a significar nada en el mundo. Luego, tras la última guerra, hace mil años largos, empezó nuestra mutación, mientras la Humanidad pugnaba por sobrevivir y rehacerse... para luego destruirse de nuevo estúpidamente. Nosotros advertimos que, acaso por la radiactividad de los ingenios nucleares utilizados, acaso por una mutación inexplicable en las formas de vida establecidas, íbamos pasando a

un grado superior de inteligencia que nos hacía pensantes, que nos permitía estudiar, saber, almacenar conocimientos, a escondidas del Hombre. Que, de haber sabido éste el proceso de metamorfosis que en nosotros se producía paulatinamente, hubiera sido capaz de destruirnos.

—¿Destruiros? ¿Por qué?

—El hombre siempre destruyó lo que consideró malvado o peligroso. Y para el maniqueísmo del ser humano, toda forma de vida que él juzgue fea, repulsiva o simplemente distinta, puede ser fuente de peligro. Jamás pensaría que en la fealdad, en lo que él consideraba feo y monstruoso, podía haber belleza, espíritu, inteligencia y sentimientos. No, eso nunca lo admitió. El hombre, para ser perfecto, había de ser hermoso. Los enemigos de la Humanidad, eran siempre idealizados con formas abominables, con ausencia total de todo rasgo amable o simplemente emotivo.

—Y no fue así...

—No, no fue así. La xenofobia, el maniqueísmo, le encerraron en su propia arrogancia, en su desmedido orgullo y su afán de superioridad, hasta aniquilarle. Ahora, nosotros somos los que heredamos sus conocimientos, su inteligencia... e incluso la superamos. Podemos no sólo pensar, sino transmitir nuestros pensamientos, hablar con cualquier raza, a través del pensamiento, de la mente, sin necesidad de palabras que, por otro lado, nosotros no podríamos emitir, porque lo único que no ha sufrido mutación en nosotros, es precisamente nuestra propia biología, nuestra forma, nuestros recursos físicos. Tenemos una nueva dimensión mental, pero no una nueva estructura ni una apariencia diferente. Para vosotros, sin duda, seguiremos siendo monstruos.

—Para nosotros, seréis los que nos salvaron de "ellos" cuando todo estaba perdido ya. ¿Y mis amigos? La mujer, su hermano...

—Igual que tú, están bien. Reposan. Y otro de nosotros, se comunica por ellos por medio de la mente. Es mejor así, antes de que podáis vemos. La impresión será mucho menor de esta forma.

—¿Tan horribles os consideráis?

—Nosotros, no —la "voz" mental casi expresaba ironía, sentido del humor—. Sois vosotros los que adoptáis extraños prejuicios, los que decidís si una cosa es bella o fea... Pero precisamente por esa mentalidad vuestra, debéis estar preparados para contemplarnos.

—¿Cómo está mi compañero, el que tenía en su pierna... esa horrible "cosa" que le invadía?

—Desgraciadamente, no hay remedio contra esa "cosa", como tú la describes. No un remedio que nosotros conozcamos. Tuvimos que amputar.

—¿Qué?

—Lo sentimos. Había que elegir: la pierna del hombre, o su vida. Si prosperaba el avance de la materia azul, era su final. Se convertiría en uno de "ellos". Ahora, su fragmento extirpado, fue arrojado fuera de este recinto. Ya que no podemos destruirlo, lo expulsamos de nuestro mundo. Será un miembro humano más, deslizándose por ahí, en busca de vuestras propias personas. Ya no es de tu amigo. Es sólo una materia que sirve de soporte a ese musgo pensante, hecho de partículas inteligentes y unicelulares.

—¿Conocéis la estructura real de esas formas de vida?

—Las hemos estudiado durante los años que llevan de existencia. Son nuestro mayor enemigo, como lo son vuestro. Atacan indiscriminadamente a todo lo que tenga vida, aunque sólo los humanos les pueden servir de vehículos, una vez muertos.

—¿Qué son, exactamente?

—Nuestros estudios, nos han llevado a la conclusión de que alguna de las materias químicas, enhoramala liberadas por el ser humano, actuaron sobre las masas encefálicas de los muertos, provocando una mutación extraña e increíble. Y de esas masas encefálicas, fueron surgiendo células independientes, dotadas de una nueva vida, una especie de diminutos elementos que sólo poseen inteligencia, absorbida de la fusión química-cerebro humano, pero una inteligencia amorfa, encaminada a reclutar para su horda de monstruos sin fin a todo ser humano que sobreviva. Tal vez, en el fondo, sea solamente que el egoísmo y la maldad del hombre, se niegan a morir con él, y se han liberado en forma de esposas, de cuerpos unicelulares, o como se les quiera llamar. ¿Entiendes ahora?

—Me temo que sí —se estremeció Grier en la profunda oscuridad en que se hallaba sumido, allá en alguna parte que desconocía—. Y me horroriza entender... "Zooplasmas encefálicos", les llamó alguien. Ahora veo por qué. Era alguien que, como vosotros, estudió esa forma de vida y descubrió su origen. Y, lo que

es mejor, descubrió el modo de exterminarla.

—¿Exterminarla, dices?

—Sí. Un sabio humano lo logró. El estaba seguro de ello. Yo también. He visto su esqueleto. Es el único que no está poseído por... por esas malditas esporas.

—Es una evidencia, obviamente —admitió aquella forma de comunicación mental que tan nítidamente le llegaba al fondo de su cerebro—. ¿Posees ese secreto?

—No.

—Me lo temía... —había amargura en aquel pensamiento nítido que le llegaba ahora, desde un cerebro extraño y desconocido—. Hubiera sido demasiado hermoso para todos...

—Pero puede haber un medio de encontrarlo.

—¿Lo hay?

—Dije que puede haberlo. Se trata de descifrar una clave. Y de entender un lenguaje ignorado. Ese sabio temía la inteligencia maligna de "ellos", y adoptó precauciones para impedir que descubriesen su secreto y lo destruyeran.

—Tal vez podamos ayudarte. Hemos leído en tu mente que posees mecanismos e ingenios le otros tiempos, capaces de leer y traducir cualquier problema. Pero quizá no te baste. Nuestra mente es lúcida y amplia. Valdría la pena saber si nuestra mutación es capaz de llegar adonde no llegan vuestras computadoras

—Evidentemente, vale la pena, quienquiera que seas.

—Llámame Bzeeh. —¿Bzeeh?... Extraño nombre el tuyo.

—Más extraño te pareceré yo —había sarcasmo en ese contacto mental—. Aquí, en nuestro oculto mundo, todo será extraño para vosotros.

—Aun así, creo que estoy dispuesto.

—¿Dispuesto a qué?

—A veros cara a cara, seáis como seáis —afirmó rotundamente Grier.

—¿Estás seguro? —dudó la voz.

—Por completo, sí. Quiero veros, amigos míos, seáis quienes seáis. Si salvasteis la vida de Zaura la de Kral y la mía... merece la pena que nos conozcamos.

—¿Aun sabiendo que eres humano y, como tal, dado a la xenofobia?

—Aun así. Estoy mentalizado para cualquier cosa.

—Ojalá sea así. Luego... no te quejes. Ya te advertimos. Este es otro mundo. Y nosotros, aunque inteligentes, capaces de comprender tu lengua, capaces de penetrar en tus pensamientos y de transmitirte los nuestros... no dejamos de ser como éramos. Sólo que mucho mayores, porque en el volumen sí nos afectaron las radiaciones bélicas. Pero aparte de eso... seguimos siendo los mismos que fuimos durante siglos enteros.

—Aun así... estoy dispuesto.

—Muy bien —la "voz" mental dejó de sonar unos momentos. Luego, Grier captó una orden en su cerebro—: Incorpórate. Camina en la oscuridad. No tropezarás ni chocarás, no temas nada. Mi mente te guiará hasta donde estoy. Y suerte, hombre. No me gustaría aterrorizarte, te lo confieso.

Por un momento, Grier experimentó miedo. Aquellos avisos resultaban inquietantes, pese a su voluntad firmísima de encararse con cualquier forma que tuviera la realidad. Pero tantas advertencias parecían quererle prevenir contra un impacto emocional demasiado intenso.

De todos modos, se Incorporó en la oscuridad profunda en que había despertado tras un sopor de indefinida duración. Su comunicante mental tuvo razón. Sabía hacia dónde caminar, pese a tan impenetrables tinieblas. No tropezaba, no rozaba nada, no caía. Algo le guiaba, como podría guiar a los murciélagos su especial percepción. Sólo que a él, esa facultad le llegaba de fuera, le era ajena, y otra mente más poderosa se la transmitía.

El ambiente olía a humedad, a tierra profunda. Estaba seguro de hallarse en algún lugar del subsuelo. En el reino misterioso de los "otros" mutantes, a quienes muy pronto iba a conocer en su forma física.

De repente, la oscuridad se diluyó ante sus ojos. Un vago resplandor rojizo alumbró una serie de cavernas o celdillas horadadas en la roca viva. Formaba como galerías subterráneas, singularmente complicadas, como un sinuoso laberinto.

Le recordó vagamente el trazado que algunos Insectos realizaban bajo tierra para hacer sus madrigueras y refugios. Sólo que en gran escala. Eran galerías capaces de permitir el paso de seres humanos, con sólo que éstos se agachasen lo suficiente. Grier, pese a su

estatura, tenía suficiente con inclinar la espalda para no tropezar con los arcos terrosos de sus toscos pórticos y arcadas.

Finalmente, la luz rojiza se hizo resplandeciente, en una especie de vasta sala circular. Y Ronald Grier se vio frente a frente de los "otros" mutantes.

Por un momento, creyó haberse equivocado, ir a parar a la madriguera de unos monstruos hostiles, voraces.

.Fue necesario que la "voz" mental volviera a sonar dentro de su cerebro, advirtiéndole:

—No, no temas. No hay error. Ya nos ves. Somos nosotros. ¿Asustado?

Grier no hubiera sabido responder ni siquiera con el pensamiento. Estaba demasiado aturdido, demasiado asombrado. Y, ciertamente, pese a todos sus esfuerzos, a pesar de toda su voluntad, sintió algo parecido al horror.

2

Insectos.

Había pensado poco antes en insectos, al recorrer las celdillas y galerías de aquel refugio subterráneo.

Y eso es lo que estuvo más cerca de la realidad. Ahora podía comprenderlo, al verse ante los "otros" mutantes del planeta muerto.

Eran ARAÑAS.

Enormes, velludas, gigantescas arañas. Como inmensas tarántulas de fauces abiertas y viscosas, de ojos malévolos, de aspecto horripilante. Y como arañas se movían, sobre sus patas flexionadas, sobre un fondo de tejidos y velos de su sutil hilo. En un mundo subterráneo insondable, los mutantes inteligentes, capaces de comunicarse inteligiblemente con un ser humano, sobre vivían al caos y habían imitado su cerebro hasta hacerse no sólo pensantes, sino de absoluta inteligencia y poder mental pasmoso.

Le fue difícil, pero fue conteniendo de modo paulatino su horror, su náusea instintiva e inmediata. Una onda mental aprobatoria, llegó a su cerebro.

—Lo has hecho bastante bien —le dijeron—.Esperábamos algo mucho peor. Como ves, no somos lo que cabría esperar por nuestro aspecto. Sabemos que podemos provocar terror en uno de vosotros. Pero no tienes nada que temer. Somos amigos. Tenemos nuestros propios medios de alimentamos, sin necesidad de recurrir a seres

como vosotros. La inteligencia cambió nuestras costumbres. Sabemos crearnos alimentos sin atacar a otras criaturas.

Aquella "voz" psíquica, llegaba de! grupo de feas y horribles arañas. Los ojos de éstas le contemplaban con una inaudita fijeza, pero poco a poco iba advirtiendo Ronald Grier inteligencia en ellos, una luz que antes no tuvieron los arácnidos que él podía recordar.

Además de haberse hecho cientos de veces mayores, ahora tenían un cerebro que sabía pensar y desarrollarse. Vivían pacíficamente, pero lejos de la superficie, donde su gran enemigo acechaba siempre. Grier recordó vagamente la historia de Kral y Zaura sobre "ellos" y una tarántula, en cierta ocasión. Ahora, esas cosas iban tomando un nuevo sentido que antes hubiera sido incapaz de imaginar.

Incluso sus raras sensaciones en San Jacinto, notándose vigilado, espiado... Seguro que habían sido ellas, las arañas inteligentes. Por si había alguna duda, el contacto mental se lo confirmó.

—Sí —le dijeron—: Eramos nosotras. Queríamos protegeros, pero no sabíamos si estaríais lo bastante cerca de un acceso a nuestra madriguera, cuando fueseis atacados, para poderos rescatar del poder de esos monstruos y trasladaros coja la adecuada rapidez a este refugio.

—Lo hicisteis muy bien. Estábamos ya virtualmente perdidos cuando vosotras...

—Espera. Debo rectificarte algo. Hemos examinado minuciosamente tu organismo mientras descansabas. Y ahora sabemos que tú no peligrabas. Nunca peligraste.

—¿Eh?

—¿Has olvidado que eres inmortal? Nosotros lo hemos descubierto en tu naturaleza. No puedes morir, ni siquiera atacado por "ellos". Tus células se regeneran por sí mismas, y rechazan toda posible herida, mutilación, enfermedad o ataque violento. Nadie puede hacerte nada.

—Cierto. Lo había olvidado...

—En cambio, tus amigos sí son vulnerables. Puede decirse que, subconscientemente, era por ellos por quiénes te preocupabas. Nos alegra haberos salvado a todos, aunque el muchacho haya tenido que sufrir una amputación.

—Eso es mejor que morir o ser uno de "ellos" —sentenció Grier,

que miró al grupo de gigantescos arácnidos, interesándose luego—. ¿Quién de vosotros es Bzeeh?

—Yo —y una de las grandes arañas se apartó de las demás, moviéndose hacia él como acostumbran a moverse las arañas.

Ahora ya no sintió miedo ni aprensión alguna, a pesar del espantable aspecto de la criatura llamada Bzeeh, con quien mantuviera contacto, mental. La xenofobia habitual en el ser humano, se iba diluyendo en su consciencia. Veía en aquellos aparentes monstruos a unos auténticos amigos. Los únicos que tenían en el mundo.

—Me alegra conocerte —dijo Grier con sinceridad—. Gracias por todo, amigo Bzeeh.

La araña se agitó con algo muy semejante a un júbilo que Grier desconocía en los arácnidos. Aquel ser aparentemente abominable y repulsivo, sentíase emocionado por la reacción de su nuevo amigo.

—Me siento muy feliz —le transmitió Bzeeh—. Creo que eres mucho más inteligente y ponderado que el resto de tus semejantes. Por algo has sobrevivido. Creo que todo el mundo tiene, de un modo u otro, su merecido. Podré parecerte cruel, pero la Humanidad, tu humanidad, amigo, se había vuelto perversa y degradada. No merecían otra suerte que la que tuvieron.

—Tal vez —admitió el astronauta—. Fue voluntad del Señor...

—Dios es el único para todos nosotros, hombres p simples insectos —dijo la mente de Bzeeh—. Tú tienes razón. Fue obra del Señor. Aunque lo demás lo hiciera el propio ser humano por sí mismo...

—Estaba pensando en Zaura y en Kral. ¿Os aceptaran con igual facilidad que yo? Puede que sean mas impresionables...

—Posiblemente lo sean, sobre todo la mujer. Pero tendremos que habituarla, educar su cerebro para que nos contemple sin horror ni asco. Ha sufrido tanto, que tal vez se adapte a cualquier cosa. No debes preocuparte por ella. Reposa, y nuestros pensantes se ocupan de ella, como yo me ocupé de ti. ¿Te importa mucho esa mujer?

—Somos tan pocos... que todos deben importarme. Si ella desaparece, tal vez el mundo no tenga ya una oportunidad. Es la única mujer viva. El es su hermano. Y yo aparte de Kral, soy el último hombre vivo. El hombre Omega...

—Entiendo. La reproducción de la especie... —Bzeeh emitió algún pensamiento malicioso en ese momento—. Por si té interesa saberlo mis compañeros me informaron de que en los pensamientos de ella, tú tienes un gran papel. Se acuerda mucho de ti, te tiene grabado en su mente.

—Es halagador —asintió Grier—. Pero me pregunto dónde podremos sobrevivir, estando el mundo invadido por "ellos"...

—Tú hablaste de un secreto descubrimiento científico...

—Cierto. Pero también os dije que ignoro su paradero.

—¿No tienes una clave?

—Sí —la recitó mentalmente—. Pero eso es todo. También llevo conmigo memorizadas una serie de palabras ininteligibles para todos nosotros, acaso una lengua desconocida, que pudo inventarse el profesor Wasinsky, que fue su autor.

—Te comenté que quizá podíamos nosotros resolver algo mejor que tus computadoras. ¿Por qué no probar?

Grier miró con desconfianza a las arañas, incluido su buen amigo Bzeeh. No estaba seguro de que, pese a su poderosa inteligencia actual, los mutantes subterráneos fuese capaces de llegar al fondo de una cuestión tan compleja.

Bzeeh leyó sus pensamientos y se sintió dolido.

—Nos juzgas mal —se quejó—. ¿Por qué minimizar el valor de unos cerebros que tú aún no conoces bien?

—Perdona —se excusó Grier—. No debí pensarlo.

—Comprendo tu escepticismo, pero ¿por qué no hacer la prueba? Todos nosotros somos pensantes y, como tales, estamos tratando de ayudarte ahora. Pronuncia esas palabras. Intentaremos descifrarlas.

Ronald Grier empezó a desgranar lentamente las palabras en ignorado lenguaje que Zaura grabase en el huevo metálico. Luego las palabras y cifras de la clave, y esperó.

Un silencio absoluto se había hecho en su mente. Los cerebros de, los mutantes estaban ahora dedicados a analizar él difícil problema. Grier estuvo seguro de que se transmitían información entre sí.

De repente, le sorprendió la oleada psíquica de Bzeeh, llegando nítida a su mente;

—Ya lo tengo.

—¿El qué?

—El problema. Está resuelto.

—¡No es posible!

—Resulta sumamente sencillo. Ese lenguaje es... azteca.

—¿Azteca?

—El antiguo azteca, el lenguaje de los primitivos moradores de México. Lo hemos leído en algunas viejas ruinas llenas de inscripciones, al socavar nuestros corredores y galerías. Almacenamos información para casos así. Varios de nosotros recuerdan ese lenguaje.

—Azteca... —repitió Grier, perplejo. Asintió luego—. Sí, es muy posible. Recuerdo ahora que, entre las obras que guardaba el profesor en su domicilio... había volúmenes de estudios de los pueblos aztecas... Pero hoy día es ya una lengua virtualmente muerta. ¿Cómo saber lo que significa esa retahíla?

—Nosotros lo sabemos.

—¿Qué?

—Ya te dije que almacenamos datos, como tus máquinas pensantes. Podemos traducirte esas palabras en azteca puro. Son sencillas de traducir. Escucha. Quieren decir, aproximadamente: "Si buscas la verdad de la vida, recuerda que has de creer en la grandeza de los dioses y postrarte a sus plantas para pedir el perdón de los pecados de todos nosotros. Sólo así, la verdad surgirá ante ti resplandeciente, hombre de fe".

—¿Es... es todo? —parpadeó Grier. —Es todo, sí. ¿Te dice algo?

—No, me temo que no —reflexionó el astronauta, algo decepcionado—. Aunque es curioso que el profesor, antes de morir, escribiera también algo sobre nuestro propio Dios...

—¿Qué fue ello?

—Poco más o menos, algo así como: "Solamente Dios podrá ayudar a quienes sobrevivan, si éstos saben confiar y acuden a El en busca de ayuda..."

—Eso resulta significativo —comentó el pensamiento de Bzeeh.

—¿Significativo?

—Sí. Puede significar que todo se relaciona con Dios, ya sea en lengua azteca o en la tuya propia. ¿Te dice algo todo eso?

Ronald Grier meditaba profundamente sobre todo ello. Mentalmente, evocó el esqueleto del profesor, sus documentos, el

pueblecillo de San Jacinto, bajo cuyas ruinas debía hallarse ahora, en el mundo oculto de los mutantes... La vieja Misión cercana, el lugar lleno de paz y sosiego... en un mundo que había sido catastrófico para todos...

—¡Sí, creo que si! —los ojos de Grier brillaron—. Creo que lo entiendo...

—Adelante. Expón tus pensamientos.

—La Misión... En ella tiene que haber una imagen... Alguna imagen a cuyos pies se postrarían en otros tiempos los indios cristianos, los habitantes de ese pueblecillo de San Jacinto... Allí ha de estar la clave, el secreto...

—Pudiera ser, amigo. Nosotros pensamos que sí es así.

—Entonces, hay que ir allí, pero ¿qué significará la clave?

—Tal vez una orientación. Ahora ya sabes dónde buscar. Ve allá y busca. Si tienes buena fortuna, puedes encontrar el gran secreto, el arma de la victoria definitiva sobre esa horrible plaga. Adelante, amigo, adelante... Una vez allí, quizá la clave surja por sí sola ante tus ojos... Te deseamos suerte. Si quieres volver a la superficie y dejar aquí a tus dos amigos a nuestro cuidado, hazlo.

—Sí, sí —asintió Grier, febril—.Ahora mismo. No importa que sea de noche. Soy inmortal. No pueden hacerme nada. Llegaré a la Misión. Buscaré hasta que no quede piedra sobre piedra, si es preciso.

—Tal vez no haga falta tanto. Recuerda lo que dicen esos mensajes: has de tener fe y orar a tu Dios. Algo que la Humanidad olvidó en el pasado... y pagó por ello.

Grier asintió. Miró en derredor, a los mil pasadizos horadados en la tierra que formaban aquel laberinto increíble.

—Lo recordaré. ¿Por dónde salir? —pregunté.

—Sígueme —la araña gigante se puso a caminar. Pasó junto a él, rozándole sin que Grier sintiera repugnancia alguna, y avanzó por un corredor determinado. Grier la siguió sin vacilar. El pensamiento de Bzeeh le llegó claro—: No hay nada que temer. Además de que eres inmortal... ya es de día allá arriba. "Ellos" han vuelto a sus escondrijos diurnos.

CAPÍTULO VIII

CUANDO EL EPILOGO ES EL PROLOGÓ

"VER lo que es correcto, y no hacerlo, es carecer de valor." Confucio

5 de enero del 3481 Año 1039 de la Novísima Era

1

Allí estaba.

Bajo el palio de densas nubes pizarrosas, en un altar sin techo ni cúpulas, entre las ruinas de la vieja Misión franciscana.

Como una reliquia, sobreviviendo al tiempo y al caos. Como algo que no podía nunca morir; aunque muriera el mundo, aunque se extinguieran todos los planetas del Universo.

Allí estaba la imagen. —

Sobria, sencilla, rústica y entrañable. Sólo una cruz de vieja madera ya podrida. Con un Cristo humilde y patético, clavado en ella. Un Cristo de piedra tallada, sobre la madera de la Cruz.

Era todo lo que quedaba en pie dentro de la vieja Misión. El, y los muros derruidos, los peñascos, una puerta inútil ya, con su hoja de recia madera abatida...

Ronald Grier se postró ante la imagen. Después de quince siglos, volvía a orar ante el Hijo de Dios. Su pensamiento se elevaba hacia más allá de las infinitas distancias que él recorriera en hibernación, desafiando al Tiempo y al Espacio durante centurias completas.

Rezaba con fe. Pidiendo ayuda para los hombres que sobrevivieron. Pidiendo luz para él y para sus amigos. Pidiendo protección para las arañas inteligentes del subsuelo, para toda criatura viviente que pretendiera sobrevivir en aquel mundo caótico.

Y rogando por un futuro mejor, por un mañana de esperanzas. Esperanzas que no podían existir sin la desaparición de todos "ellos", los monstruos de la noche. Su oración fue fervorosa. Se incorporó luego, mirando en tornó, preguntándose si podía estar allí lo que buscaba, si su presentimiento había sido cierto/o sólo un triste error más.

Aun así, pensó, habría valido la pena pisar aquel recinto. Sólo por hablar a solas con Dios, al pie de la imagen milagrosamente intacta. Aunque no hubiera ya nada más. Aunque después llegase el fin... se sentía confortado por una vaga e indefinible esperanza en algo mejor.

Y, de pronto, sus ojos se clavaron en la madera. Al pie de la Cruz, justo bajo los pies claveteados de Cristo.

Pestañeó, atónito. Un golpeteo súbito en sus sienes, marcaron su repentina excitación ante el descubrimiento.

Había algo grabado allí. Tallado a punta de cuchillo, casi invisible sobre la madera del crucifijo.

Era una inscripción claramente legible para los ojos agudizados de Grier en estos momentos. Un mensaje crucial: OMEGA ZXQ

Sólo eso. Faltaba el resto del mensaje cifrado que captaran Zaura y Kral, y grabasen en aquel mensaje ovoide que fue el principio de todo.

Pero ya tenía el principio; Al piel del crucifijo. Creía poder localizar el resto. Bastaba seguir el rastro. El profesor Wasinsky, evidentemente, había contado con ello cuando dejó tras de si aquella complicada clave, para evitar que "ellos" se apoderasen del secreto que significaba su destrucción.

Se incorporó Grier, ateo sus ojos hacia el propio Cristo de piedra...

En su pie estaba la segunda inscripción: 3003 GALAXY

Tembló de emoción. Sólo faltaba un fragmento del mensaje. El último. Y tenía que estar cerca, en alguna parte del crucifijo. La pista seguía siendo la acertada. Subió más. Ya no halló la ultima inscripción hasta la propia corona de espinas tallada en piedra, que circundaba la cabeza del Mesías.

Allí estaban las cifras finales de la clave: 66H

Una exclamación gozosa escapó de labios del astronauta. Creía tenerlo ya en su mano. Estaba seguro de ello. Extendió sus dedos,

más allá de la cabeza de Cristo, apoyándose en pie sobre uñas piedras de las ruinas. Sus dedos alcanzaron el remate de la cruz, sobre el rótulo del "INRI".

Allí estaba. El corazón le palpitó con violencia, salvajemente.

Cerró su mano sobre algo pequeño. Un cilindro diminuto, introducido en un hueco, por la parte superior de la cruz. El mensaje del profesor estaba ahora bien claro. Siguiendo el camino del aproximamiento a Dios, había encontrado 2a verdad que buscaba.

Le sorprendía su pequeño tamaño. Lo contempló, absorto.

Era un cilindro de un extraño metal. Parecía hermético, de un color gris acero. Sobre el mismo, se repetía la inscripción en clave:

OMEGA-ZXQ-GALAXY-66H

—Debe ser su nombre-clave, su fórmula acaso... —murmuró—. Pero tan pequeño... ¿puede terminar con... con todos "ellos"?

No había instrucciones. Absolutamente nada. Trató de abrir el cilindro, pulsando con fuerza su parte superior.

Al principio, se resistió. Luego, súbitamente... el cilindro se abrió.

La tapa había cedido hacia dentro. Apenas un instante, porque volvió a ajustarse con fuerza. Pero ya del interior del cilindro, había escapado algo hacia el cielo nuboso y torvo que circundaba al planeta.

Era una especie de delgado chorro de gas. Alcanzó una altura media. Tenía un raro color carmesí brillante.

Y de pronto...

De pronto, sucedió lo increíble. El gas carmesí comenzó una expansión vertiginosa e inaudita. Grier parpadeó, atónito, ante el fenómeno. El gas se hizo anaranjado con su forma de expanderse por el aire. Formó un nublado naranja sobre el suelo, tiñendo las tierras fronterizas de una rara tonalidad fantástica.

Paulatinamente, con una celeridad incomprensible, el gas, en expansión constante, se iba extendiendo, mezclándose con las nubes, con el aire que respiraba...

Pronto, todo el cielo, todo lo que envolvía la Tierra, fue una especie de gigantesco manto anaranjado, y el gas seguía y seguía creciendo, extendiéndose sobre mares, continentes y hemisferios.

De la tierra surgieron sonidos extraños. Ante la mirada atónita

de Grier, las grietas y orificios de casas y terrenos, empezaron a vomitar residuos azulados de esporas o microorganismos vivos, que se agitaban y se convertían pronto en simple líquido espeso, informe.

El gas naranja hacía salir de sus madrigueras a todos "ellos", y les convertía en puros detritus, en residuos inertes. Estaban muriendo, como fulminados por una fantástica epidemia mortal.

Fragmentos de cuerpos humanos aparecían, para liberarse de su amasijo de musgo azul y rodar luego, sin vida ni animación alguna, mientras la misteriosa materia viviente se extendía agonizante, hasta cesar en ella toda palpitación.

Y así, en todo cuantos abarcaba la vista, cientos, miles, millones de seres atroces salían a la superficie a morir, y los charcos se evaporaban lentamente después, sin dejar rastro.

Grier comprendió que una sola parte de aquella misteriosa sustancia descubierta por el profesor, había extinguido todo vestigio de vida en la horrible naturaleza de aquella materia viviente y pensante que había llevado el horror al planeta.

Despacio, regresó al villorrio, portando consigo el maravilloso cilindro de metal, en cuyo interior aún podía percibir parte de aquel gas anaranjado, que no fue preciso liberar, porque había bastado aquella escasa dosis para limpiar todo un mundo.

Así, lentamente, volvió al mundo de las arañas imitantes, que esperaban radiantes en el acceso a sus madrigueras, y que le condujeron de regreso al interior de la tierra, donde sus amigos Kral y Zaura le aguardaban.

2

—Lo hemos conseguido —murmuró Zaura, contemplando con cierta tristeza la pierna ausente de su hermano Kral—. Lo conseguimos antes de que fuese demasiado tarde... Dios te bendiga, Grier. Desde que te vi, supe que tú eras nuestra salvación... Era algo que me lo decía el corazón...

Grier sonrió, acariciando las manos trémulas de la virginal criatura de la larga melena plateada, y la atrajo hacia sí, mientras Omicrón-2 parecía sumamente celoso por todo aquello, aunque satisfecho porque su instinto mecánico le avisaba de que ya no había más peligros a bordo ni en el exterior.

Aun así, el robot tenía un modo receloso de contemplar a las

arañas inteligentes que rodeaban curiosas el lugar, o recorrían alegremente el interior de la nave espacial, escudriñando sus avances tecnológicos y tratando de comprender el funcionamiento de sus computadoras. Al parecer, al buen robot no le gustaba la relación con aquellos feos seres velludos de largas patas y desagradable rostro.

—Siento de veras que no se pudiera hacer nada mejor por ti, Kral —le habló el astronauta al hermano de Zaura—. Pero se trataba de tu vida en aquellos momentos, y esos buenos amigos de lo profundo de la tierra, hicieron lo que creyeron más adecuado...

—Sí, lo entiendo muy bien —sonrió el joven, cuya pierna amputada ya aparecía cicatrizada, gracias a los avances de las arañas pensantes en cuestiones médicas—. No te preocupes, Grier. Es lo mejor que podía ocurrir» me, después de todo. Esto se olvidará fácilmente, con la [tarea de iniciar un nuevo mundo en este bendito planeta nuestro. Tenemos tanto por hacer...

Fue justo en ese momento, cuando la mente de Bzeeh transmitió a Grier el mensaje insólito, imprevisible:

—Lo siento, amigo —fueron las ondas mentales de la araña—. Creo que en todo esto existe un error terrible.

—¿Un error? —parpadeó Grier—. ¿En qué?

—En todo. Desde el principio.

—¿Qué principio?

—Cuando llegasteis del espacio con vuestra nave... Se ha producido una casualidad fantástica, increíble...

—No logro entender...

—Esa casualidad... forma parte de la duplicidad de mundos.

—¿Qué quieres decir?

—Hay mundos paralelos, sistemas solares idénticos, cosas que son iguales, copia un mundo de otro en sus más mínimos detalles, acaso por remotas circunstancias que nosotros no alcanzamos a entender...

—Acaba de una vez —se impacientó Grier—. ¿Qué significa todo eso, Bzeeh?

—Es sencillo: significa que ESTE PLANETA NO ES EL TUYO.

—¿Queéeeee?

—Se llama Tierra, sus características, seres y países son iguales... porque es un mundo PARALELO situado en un Universo

PARALELO. Pero no es TU Tierra, ¿enciendes? Hay un error que las computadoras no pudieron advertir. Un error de millones y millones de Años luz... que tu nave, al penetrar por un llamado "Agujero negro" del Cosmos, pasó de Universo a Universo en escasos segundos.

—Dios mío, no es posible... —miró a Zaura, a Kral, y ellos a él, con igual horror y asombro, puesto que percibían las emisiones mentales de Bzeeh—. ¡No puede ocurrir algo así!

—Ha ocurrido. Vuestro planeta sigue allá, donde siempre estuvo... en OTRO Universo paralelo, IDÉNTICO en todo a este nuestro que has visitado sin darte cuento...

—Pero... pero entonces... estamos condenados a vivir aquí. ¡Yo debo vivir en un mundo que NO ES el mío!

—No necesariamente. Tu nave puede volverte a tu lugar de origen, si aceleras al máximo y usas la hibernación para ti... y tus amigos, si desean abandonar este mundo.

—Yo iré contigo adonde sea —musitó Zaura—. No te abandonaré ya, Ronald...

—Yo tampoco —aseguró Kral—. Creo que ése es ¡maestro destino, después de todo...

—Muy bien —habló serenamente Grier—. Entonces, ¿intentémoslo. Omi, prepara todo para partir a ultravelocidad, en estado de hibernación... Adiós, Bzeeh. Y, una vez más, gracias por todo...

3

—Lo logramos...

—Año terrestre, 3482. Sólo un año en hibernación... y hemos salvado millones y millones de años luz, de un Universo a otro... Increíble, Grier querido...

—Increíble, sí. Pero estamos llegando a la verdadera Tierra. A la nuestra —Ronald miró al exterior, tras la nueva hibernación. Se volvió a Omicrón-2 y comentó—. Pero si los Universos y los Mundos son paralelos EN TODO... ¿qué nos espera abajo, Omi?

El robot hizo funcionar las computadoras, mientras se aproximaban a la Tierra, a la verdadera Tierra de su Universo auténtico.

La voz de Omicrón-2 fue expresiva:

—Es todo IGUAL. Abajo, ese planeta... está en la misma

situación que dejamos la OTRA Tierra...

Pálido, Grier cambió una mirada con sus compañeros de viaje. Zaura se abrazó a él.

—Dios mío... —susurró Ronald.

—No temas nada, mi amor —dijo ella—. Si hay que empezar otra vez... empezaremos, no lo dudes. Y terminaremos otra vez por triunfar, ocurra lo que ocurra...

Grier miró el tubo del profesor Wasinsky, que aún llevaban consigo en la nave. Luego, miró el planeta azul, y musitó para sí con cierta amargura:

—Sí. Después de todo... habrá que luchar de nuevo. Y confiar en Dios, como hicimos allá, en la Otra Tierra...

4

Y así sucedió.

Una vez más, en su largo periplo de siglos por dos Universos pero paralelos, Ronald Grier, el astronauta, fue el Hombre Omega enfrentado a la pugna por la supervivencia de la Humanidad. Otra vez "ellos", otra vez las arañas inteligentes...

Era empezar de nuevo. Era un epilogo que significaba también, a fin de cuentas, un prólogo...

F I N